

LOS TRES ORLEANS.

LOS

TRES ORLEANS

DOS ESPAÑOLES

LOS TRES ORLEANS.

H-21903
R-39962

AV
1873

LOS
TRES ORLEANS

FOR

DOS ESPAÑOLES.



MADRID:
IMPRESA DE GASPAR Y ROIG.
—
1869.

LOS

TRES ORIENTALES

107

DOS ESPAÑOLES.

— 1854 —



— 17 —

ARCHIVO de lo pasado es la historia y antorcha de lo presente y maestra del porvenir. Bajo ese sol que alumbra el mundo no existe cosa nueva, y bien puede repetirse hoy las grandes palabras que dijo un gran Rey, despues de profunda meditacion sobre las cosas humanas, y de encontrar solo en ellas vanidad y aficcion de espíritu:

Nihil novi sub Sole.

Nuestros revolucionarios, pobres copistas, se afanan en vano para reproducir el espantable original que les sirve de modelo: colores y arte les faltan; no la intencion, que ocultan apenas, y que claramente conocemos. Aquel cuadro lo hicieron gigantes; lo imitarán mal los enanos.

Hoy, que los antiguos tronos se conmueven, vacilan ó se derumban á impulsos de teorías insensatas, mofa de la sabiduría de los siglos; hoy que esas teorías no zapan los cimientos del edificio social en la oscuridad misteriosa de las lóginas, si no que los combaten á la luz del dia, estampadas en las esquinas de las calles, enarboladas en las banderas, proclamadas en reuniones clamorosas, echadas por la prensa revolucionaria á los cuatro vientos del cielo; hoy seria el error imposible... todo lo sabemos, todo lo conocemos, todo lo vemos.

Y no ignoramos ya, gracias á Dios, la lengua de la revolucion. En el momento en que oimos *libertad de trabajo*, temblamos por el capital. Si se ofrece una espada en *defensa de las instituciones*, va á estallar la conjuracion para echar abajo un Trono. Si éste se halla vacante y un personaje encumbrado balbucea solo una palabra para

1

confesarnos su *amor al país*, mirad en él un pretendiente que lo tiene muy grande á la corona. Si quereis que nos escondamos en lo mas secreto de nuestras casas, no teneis mas que ir proclamando con estrépito por las calles el *triunfo del progreso*. Si por desdicha proclamais la *libertad de cultos*, gemimos al punto por la triste esclavitud de la Iglesia Católica... Nos conocemos, gracias á Dios, y aprendimos la lengua.

Hace años que los sucesos que han influido, modificado ó trastornado la marcha general de las cosas en el mundo se reproducen y repiten con admirable uniformidad. Y no es extraño, las mismas causas producen iguales ó semejantes efectos.

Asi como los doctrinarios de España fijaron sus ojos en la política de Luis Felipe é imitaron al Ulises de los Reyes ciudadanos; pero sin su astuta diplomacia, su profundo disimulo, y su habilidad maquiavélica; los revolucionarios españoles pretenden remedar á los convencionales franceses; pero sin su delirante entusiasmo, sus grandes pasiones, su patriotismo salvaje.

Los discípulos no son malos discípulos por flaqueza de voluntad; que al fin tienen la misma que sus maestros y se proponen el mismo objeto y comienzan á usar de los mismos medios: sinó son iguales los resultados, culpa es de la escasez de fuerzas en los que manejan la palanca con que Mirabeau, Marat y Robespierre conmovieron el mundo. La revolucion francesa, hija de la protesta de Lutero, de la mofa de Voltaire, y del delirio de Rousseau, fué una monstruosa criatura digna de Satanás: la revolucion española no es mas que un aborto, feo y repugnante. Elévase sobre las cumbres de los Andes el condor llevando en sus garras la moribunda oveja: lánzase el cuervo y queda enredado en su lana; pero al contemplar al cuervo y al condor girando en el espacio en círculos concéntricos, bien echamos de ver, que cuervo y condor codician una presa.

Procurando en lo pasado estudiar lo presente, y al menos vislumbrar lo porvenir, hemos visto y estamos viendo reproducirse hechos y palabras con tan fiel exactitud, que fuera cerrar los ojos á la luz, dudar un instante de que volverá á suceder lo que ya ha sucedido; de que los que hablan hoy como hablaron sus antecesores, abrigan los mismos planes; de que los hijos y discípulos de aquellos que

en épocas pasadas se aprovecharon ó intentaron aprovecharse para su medro de las públicas revueltas, tratarán hoy tambien de convertir en su provecho los actuales trastornos.

Educadas en la misma escuela, amaestradas con el mismo ejemplos y amantes de su doctrina, las generaciones presentes siguen la tradicion de las que les han precedido. Saber, pues, lo que quisieron los antecesores y los medios que usaron para lograr sus propósitos, es por punto general saber lo que los sucesores desean y las artes de que usarán para conseguirlo: pudiera un genio emplearlas diversas y por imprevisto modo llegar al término anhelado; pero los genios son raros, y la familia de los Césares poco numerosa.

Por lo que llevamos dicho, y en la presente hora en que se trata de los destinos de España, donde muchas ambiciones encubiertas, se agitan alrededor del trono vacante; donde se vá buscando tristemente postores menguados para la gran subasta; hemos creido conveniente y resuelto al fin poner ante los ojos de España lo que entendemos respecto á uno de los candidatos principales, que segun se murmura está apoyado por individuos importantes del Gobierno provisional, y fué, segun se afirma, instigador cauteloso y favorecedor oculto del movimiento que derribó la dinastía de los Borbones. De éste Príncipe, que si bien Borbon, es candidato, nos proponemos hablar, sin amor y sin odio; porque fuera de que la altivez de nuestro espíritu no podria bajar hasta la mentira, podemos decir de él, lo que Tácito de algunos Emperadores romanos: *nec beneficio nec injuria cogniti*. Solo por amor á la verdad, por el bien de España, y no por daño ni mengua del Príncipe acometemos hoy un penoso trabajo. Cumple para que sea menos incompleto escribir en breves frases lo que fueron su abuelo Luis Felipe José y Luis Felipe su padre y maestro... Lo que pasa hoy en España, no parece mas que infeliz copia del drama del 93 y repeticion infelicísima de la comedia de 1830.

The first part of the paper is devoted to a general
 consideration of the subject, and to a discussion
 of the various theories which have been advanced
 in regard to it. It is shown that the theory
 of the origin of life is a subject of great
 importance, and that it is one which has
 attracted the attention of many of the
 most distinguished scientists of the age.
 The second part of the paper is devoted to
 a detailed examination of the various theories
 which have been advanced in regard to the
 origin of life. It is shown that the theory
 of spontaneous generation is the most
 plausible of the theories which have been
 advanced, and that it is one which is
 supported by a large amount of evidence.
 The third part of the paper is devoted to
 a discussion of the various objections which
 have been advanced against the theory of
 spontaneous generation. It is shown that
 these objections are not well founded, and
 that the theory of spontaneous generation
 is still the most plausible of the theories
 which have been advanced in regard to the
 origin of life.

LUIS FELIPE JOSÉ IGUALDAD

DUQUE DE ORLEANS.

THE WHITE HOUSE

WASHINGTON, D. C.

I.

Ocupaba el trono de Francia Luis XVI, «Príncipe justo, moderado en sus deseos, educado con algun descuido; pero estudioso, modesto acaso en demasía, amante del pueblo, y aficionado al bien por natural inclinacion (a).»

En aquella sazon de tiempo, las ideas enciclopedistas hervian en todas las cabezas y las teorías económicas absolutas, mal comprendidas y peor aplicadas, conmovian á las muchedumbres. Maurepas, Clugni, Turgot y Necker con mas celo de escuela que prudencia práctica, desdeñaban ó combatian todo lo antiguo y se arrojaban á innovar de golpe la administracion, destruyendo en ocasiones, abusos; pero atacando en otras, derechos y trastornándolo todo: con ello hacian refluir sobre personas y clases los odios populares, creaban con impremeditadas medidas, aversion y resistencias en la nobleza y en el clero; y dando rienda suelta á los delirios de los soñadores, preparaban inconscientemente la revolucion que habia de hundir en un abismo religion, trono, nobleza, pueblo, á la antigua Francia en fin, con sus grandes recuerdos y sus gloriosas tradiciones (b).

Aun antes de estallar y despedazar á esa Francia y espantar al mundo, bien puede decirse que reinaba la revolucion en París: la misma familia real la acogia en su morada y en la suya la abrigaba el Duque de Orleans; sin conocerla, aquella; éste, conociéndola y dirigiéndola.

(a) Thiers.

(b) Anquetil.

El Palacio Real, que tal nombre llevaba el del duque de Orleans, era la guarida de los descontentos, de los ambiciosos, de los filántropos imprevisores, de los falsos filósofos, de los fanáticos conspiradores; en una palabra, de todas las oposiciones á la corte, de todos los odios á la religion, de todos los insultos á la monarquía.

Representante el de Orleans de la rama segunda, eterna rival de la primogénita, ya dejaba á su partido adelantarse en el camino de la revolucion, ya le empujaba en el; ansioso de reinar, pervertido, incrédulo, codicioso de popularidad á todo trance, sin valor bastante para arrostrar las consecuencias de sus actos, un dia tribuno, y otro cortesano.

Vió el Príncipe en la francmasonería un medio de escalar el trono y pretendió y logró el título de Gran Maestro de la orden que cambió despues por el de Gran Oriente. Con esto encontró un reino invisible, servidores fieles en todas partes, auxiliares tenebrosos que influían en las leyes y formaban la opinion y dirigian á los Gobiernos, llevando por fin principal menoscabar la autoridad, desacreditar al Soberano, allanar, en fin, los caminos por donde la revolucion y él con la revolucion, subiera al trono.

En 20 de setiembre de 1787, Luis XVI presentó en sesion real los edictos de la creacion del empréstito gradual y de convocacion de los estados generales. Dió entonces el de Orleans pruebas claras de su ánimo revoltoso, tratando de convertir la augusta ceremonia en acto de oposicion al Soberano. A la pregunta, que agitado y trémulo hizo de «¿estamos en sesion real ó en deliberacion libre?» respondiendo como señal convenida sus partidarios Fretau, Sabatier y d'Espremenil, dieron triste ocasion á declamaciones violentas, y al enojo del Rey, que mandó registrar los decretos y desterró á su primo el de Orleans á Villers Coterets.

Pero en Luis XVI el enojo era pasajero y natural la bondad, y así fué, que á vuelta de brevísimos dias llamó del destierro á su primo, bien que éste volvió á París con la aureola de la persecucion, divulgándose por sus partidarios: que solo el amor del pueblo habia sido causa de la desgracia del Príncipe. Con esto Orleans comenzaba á ser el Rey de París que se ponía frente á frente del Rey de Versalles, como el Palacio Real se alzaba contrario al de las Tullerías.

II.

Las campanas de la iglesia de Nuestra Señora, en continuado repique, anunciaban una gran solemnidad el 4 de mayo de 1789; el Rey, el Clero y la Nobleza se dirigian en procesion á la iglesia, y plumas, terciopelo, púrpura y oro resplandecian en los representantes de las clases elevadas... marchaban detrás modestamente los Diputados del estado llano con sus capas negras.

El de Orleans, cuyo puesto era junto al Rey, fué retardando el paso, dejando inadvertidamente adelantarse á los Nobles, quedándose el último de ellos é incorporándose al fin con los Diputados. Asi, faltando á las reglas establecidas y al respeto debido al Monarca, hacia abdicacion solemne de su dignidad cerca del trono, para buscar la jefatura cerca del pueblo; mostrábase adversario público el que era hacia tiempo conspirador secreto; la intriga del Palacio Real, iba á convertirse en revolucion en la Asamblea Constituyente.

De mucho tiempo atrás, tenia el Duque de Orleans por consejeros al Abate Sieyes y al Marqués de Limon: éste redactó las *Deliberaciones que debian tomarse en la Asamblea*, especie de programa de conducta futura de los orleanistas; aquel, las *Instrucciones*, exposicion de principios en que, á vuelta de muchas libertades, se proclamaba la responsabilidad de *alguno*, designando de esta manera embozada á Luis XVI, á pesar de todas las constituciones que declaran al Rey inviolable.

Reunida la Asamblea, comenzó sus trabajos legislativos: la cuestion de regencia para el caso de minoría, dió márgen á largas y rudas discusiones: Mirabeau abogaba por la del Duque de Orleans,

sin resultado; bien que logrando el de contar por este medio el número de sus partidarios. Deslindáronse desde aquel día las fracciones de la Asamblea; constituyóse la oposicion parlamentaria y quedaron frente á frente los realistas y los orleanistas.

La destitucion de Necker fué la chispa que hizo estallar el incendio: Camilo des Moulins arenga al pueblo y los bustos del Ministro caido y de Orleans son paseados en triunfo por la multitud que toma y destruye la Bastilla.

La muchedumbre al tomar la Bastilla, quedó superior al trono, que en apariencia estaba todavía ocupado; pero los que veian de lejos le contemplaban ya vacío, y el Duque de Orleans se preparó para ir subiendo sus escalones. Con este objeto, sus consejeros le tentaron para que se presentase como mediador entre el Rey y el pueblo y pidiera despues, en premio del servicio, la lugartenencia del reino. Preparáronle el discurso, aprendiolo el Duque, presentóse al Rey... mas ante la serena magestad del Monarca, se turbó, balbuceó y no acertó á pronunciar, sinó estas humildes, incoherentes y extrañas palabras: «Señor, en caso de que los negocios se hagan mas pesados, mas molestos... suplico á V. M. permita que me retire á Inglaterra.»

El vicio cobarde se confunde ante la virtud serena; pero Mirabeau, en cuya alma vivia, digámoslo asi, el vicio poderoso, llevó ásperamente la timidez del Príncipe: alentándolo y empujándolo y con la soberbia esperanza de ser el primer Ministro del Lugartiente general, concierta las cosas para traer á París al Rey convertido de hecho en prisionero, y arrancarle la aprobacion de medidas que estimaba convenientes, contando para ello con la extrema bondad del Soberano y con el terror de la revolucion.

Asi se hizo: á poco estallaron alborotos, dándoles ocasion, la carestía de alimentos, paseó el populacho por las calles de la gran ciudad, clavadas en largas picas, las cabezas de los Guardias de Corps; se llevó al Rey al palacio de las Tullerías, largos años deshabitado, emigraron los nobles con el triunfo de los populares y se apoderaron de la cosa pública Lafayette, Mirabeau y Orleans. Si éste no era en realidad el jefe, era la bandera de la revolucion.

Lafayette, sin embargo, que amaba al Rey, y no era partidario del Duque, á quien la voz pública acusaba como uno de los autores

principales de los sangrientos desórdenes de Octubre; aconsejó á Luis XVI que diese á su primo una comision para Inglaterra, destierro disfrazado. Dudó Orleans si obedeceria, vaciló, aceptó, retratóse, tornó á la duda; á despecho de Mirabeau obedeció por fin. Mirabeau se presentaba en la cámara decidido á acusar á Lafayette, porque con el destierro de Orleans se habia atacado la inviolabilidad del Diputado; cuando recibió la noticia de que el Príncipe se habia embarcado para Inglaterra: «no merece, exclamó, ese hombre, el trabajo que uno se toma por él» y poco despues en un arranque en que andaban mezclados la indignacion y el desprecio: «¡Ah! vil, dijo: tiene la codicia del delito, pero le falta el valor.»

III.

Embraveciéndose la revolucion, no quiso el Duque permanecer en Inglaterra, y contando con la debilidad del Gobierno, retornó á París. M. Bertrand de Molleville le entregó de parte del Rey su nombramiento de Almirante: el Duque, de quien hemos dicho que tenia tanto de revolucionario como de cortesano, temerario unas veces, cobarde otras, falso casi siempre, dió las gracias y dijo: «que se creia feliz por la bondad del Rey que le proporcionaba la ocasion de demostrarle sus sentimientos, horriblemente calumniados;» é hizo mas, puesto que solicitó ver á Luis XVI y le vió y desmintió las que calificaba de calumnias contra su persona y esforzó sus razones con algunas lágrimas. El Duque lloró: las razones no convencieron el espíritu del Rey, las lágrimas persuadieron su corazon: Luis XVI le excusó, perdonó y esperó; y candoroso y conmovido decia á sus ministros: «creo que Orleans vuelve á nosotros de buena fe y que hará cuanto de él dependa para remediar el mal que ha hecho y en el que es posible que no tenga tanta parte como hemos creído.»

Ocho dias despues; aunque en verdad ciego de cólera por un ultraje que recibió de los cortesanos, que ignorando la reconciliacion, no veian en él mas que al euemigo de la monarquía, al Príncipe desleal, al envenenador del conde de Artois, (calumnia livianamente propagada y generalmente creida); salió del Palacio de las Tuillerías furioso y frenético, y desdeñando á los girondinos, abrió sus salones á los terroristas, declarando ódio mortal y guerra inacabable á aquel Rey bueno que nunca le habia ofendido, que le habia favorecido siempre, y que le habia perdonado.

Orleans se echó en brazos de Danton y de Barrere.

IV.

Empujado por estos, bajó velozmente todos los grados de la escala social hasta mezclarse y confundirse con lo mas abyecto del populo. Sin duda le parecia oprobio el nombre egregio que llevaba y aborrecia la alta clase en que nació y embriagado con el delirio del favor popular y halagado con la esperanza de la presidencia de la república, de todo, en cuanto era posible, se intentó despojar como obstáculo ó como embarazo para alcanzar la realeza democrática. Asi es que cuenta la historia, que el hombre que habia nacido junto á las gradas del trono, se presentó ante la municipalidad de París y..... no nos atrevemos nosotros á decirlo; Sarrut lo indica y Michaud lo narra: «no es sangre de Príncipes, dijo Felipe, la que corre por mis venas...; soy hijo de un cochero: no me llamo Luis Felipe José de Orleans, sino el ciudadano José Igualdad.»

En la historia del mundo, no sabemos que haya habido ejemplo de impudencia tan asquerosa, de degradacion tan profunda.

Despues de sacrificar al ódio y á la sed del imperio, su dignidad de hombre, sus obligaciones de ciudadano, sus deberes de hijo, y hasta la honra de su madre; despues de haberlo dado todo al demonio de la revolucion, temblaba imaginando si tanto sacrificio seria estéril, y asegúrase por Blanc que el desgraciado incrédulo se decidió á consultar su destino. Un miserable iluso ó charlatan impudente le ofreció ponerle en comunicacion con los espíritus infernales y enterarle por ellos de las cosas futuras: la llanura de Villeneuve Saint George vió en noche oscurísima dos hombres que la atravesaban con paso cauteloso. José Igualdad interroga á los espíritus infernales: se le asegura su pronto encumbramiento y se le entrega un fatídico anillo, que conservado por él, seria el fiador de su fortuna. ¡Tan cierto es, como dice un gran historiador, que los hombres se hacen supersticiosos cuando pierden la religion y crédulos cuando reniegan de la fe! (a)

(a) Cantú.

V.

En tanto que José Igualdad corria desatentado por el camino de la infamia, corria mas que él y se le adelantaba la revolucion. El pueblo habia comenzado ya á tomar gusto al derramamiento de sangre: se hablaba en s6n de broma de los cr6menes: el asesinato inspiraba chistes. Des Moulins se llamaba á sí propio *el procurador de las horcas*: Varennes calificaba á los asesinos de Setiembre de salvadores de la patria y pagaba á cada uno *su trabajo* con 24 francos: ¡salario infame!

A tal punto llegaron los salvajes 6dios y las atroces injurias y las mútuas acusaciones de traicion entre los mismos terroristas, que José Igualdad, verdaderamente aterrado, llegó á desear que la revolucion le olvidase. Pero la revolucion le arrastraba consigo y le llevaba á cometer el gran crimen, para que viera en seguida el mundo la gran expiacion.

Preso ya el Rey, el nombre de Borbon era casi un delito: en vano hacia presente Luis Felipe que su apellido era Igualdad; el recuerdo fresco de sus antiguas y constantes ambiciones y las riquezas presentes, le denunciaban y acusaban; y vi6se aquel desdichado, á un tiempo aborrecido de los realistas, desechado de los girondinos, sospechoso á los montañeses, rechazado por todos.

Pide Buzot la expulsion de los Borbones, y dirigiéndose á José Igualdad dice: «que haga el último sacrificio á la patria desterrándose de ella y llevando á otra parte la desdicha de haber nacido »junto al trono, y el infortunio aun mayor de su apellido odioso á

«los hombres libres»..... pero estaba escrito que José Igualdad no abandonaria la Francia: debía matar y despues morir.

José Igualdad renunció solemnemente los derechos de individuo de la dinastía reinante, para conservar los de ciudadano francés, y los renunció por sí y á nombre de sus hijos; con esto pudieron aun recabar sus parciales que se revocase el decreto de destierro que le arrojaba de Francia.

Comprendiendo, sin embargo, que á pesar de todas sus renunciaciones y protestas podia ser sospechoso todavía, se hundió mas en el crimen, y se esforzó por parecer mas convencional que los convencionales, y que ellos mas feroz, y enemigo mas mortal de los Borbones, y se brindó, por desdicha, ocasion de que pudiese dar una altísima y tristísima muestra de aquella ferocidad y de este odio.

VI.

El proceso de Luis XVI seguía atropelladamente; el Rey bueno, que en breve debía ser el Rey mártir, contestaba tranquilo á las insidiosas acusaciones de los que no podían ser sus Jueces, sino en todo caso sus verdugos.

En los bancos de la comisión, sentado entre los jacobinos, se veía al Duque de Orleans; en las tribunas, y entre *las calceteras de Robespierre ó furias de la guillotina*, estaban los hijos de aquel, el Duque de Chartres y el de Montpensier. A cada negativa del ilustre acusado, los jóvenes Orleans brincaban en su asiento, y dirigiéndose á sus innobles compañeros les decían: «todo lo niega; no confesará nada.» Su padre José Igualdad, colocado en frente del Rey, fijaba en él con insolencia su lente, y exclamaba de cuando en cuando: «¡vereis cómo al fin no se le condena!»

VII.

Era el 16 de Enero de 1793: París estaba en la convencion ó se apiñaba en torno de ella. En las tribunas á medio alumbrar se agitaban miles de cabezas: ocupaban las primeras gradas las calceteras y los mozos de las carnicerías con sus mandiles ensangrentados y sus jiferos en el cinto. La bóveda resonaba con los gritos de aprobacion ó de vituperio segun el voto que emitia el Diputado: rostros feroces por todas partes y miradas sañudas; alguna lágrima furtiva, algun semblante en que asomaba la compasion tomerosamente cubierto. Como era natural, la mayor parte de las miradas se dirigian á José Igualdad; era el Príncipe de la sangre, el primo del Rey, el héroe principal de aquel drama horrendo. Convencionales y circunstantes esperaban ansiosos el momento en que éste se levantase para pronunciar la palabra: *vida ó muerte*.

Era el último que debia pronunciarla: habian votado ya todos los Diputados presentes; unos, como el elocuente Vergniaud, por la *muerte*; otros, como el filósofo Condorcet, por la *vida*; varios por la reclusion. A punto fijo no se sabia la suerte del Rey: andaba la votacion en balanzas, cundia la duda, aumentaban los murmullos, cuando la voz del Presidente llamó al último Diputado, á Luis Felipe José Igualdad. Un profundo silencio reinó en la sala: todos los ojos en aquel hombre; todos los corazones anhelantes, atentos todos los oidos.

Y aquel hombre se levantó, cruzó lentamente el salon, subió lentamente á la tribuna, y desdoblado un papel, leyó con acento impasible estas palabras: «pensando tan solo en mi deber, y convenci-

»do de que todos los que han atentado ó en adelante atentaren á la
»soberanía del pueblo, merecen la muerte; voto por la muerte.»

Los tigres de las tribunas que habian aplaudido con infernal al-
gazara á los Diputados que votaron la muerte, al oír esas palabras
guardaron silencio... Orleans se turbó.

Habia entregado la cabeza de su Rey, de su pariente, de su
bienhechor, para salvar la suya... Quizá tuvo un presentimiento
de que el Rey que iba á morir le arrastraría á la muerte.

Los Diputados presentes le miraron, unos con asombro, otros con
lástima, muchos con desprecio; que el hombre que por ambicion ó
por miedo es capaz de vender su sangre, capaz es de vender tambien
por miedo ó por ambicion á su partido.

Aun resonaba el eco de la voz de Orleans, y duraba aquel terri-
ble y elocuente silencio, cuando se vió entrar en el salon una cami-
lla, y en la camilla un hombre moribundo: era Duchatel, Diputado
de quien se sabia que no votaria la muerte de Luis XVI: al verle
estallaron las tribunas: voces atronadoras y aun manos levantadas le
amenazaron. El, melancólico, pero tranquilo, dijo con voz apagada:
«voto por la vida...»

Cuando Malesherbes enteraba á Luis XVI del resultado del es-
crutinio, preguntábale algunas particularidades con calma y sereni-
dad asombrosas, aquel Rey santificado por la desgracia.—«¿Y cómo
»han votado Pethion y Manuel? Estoy seguro, añadia con viveza,
»que no han votado mi muerte...» Al fin dijo: «¿y mi primo Or-
»leans?»—«Señor, contestó Malesherbes; vuestro primo la ha votado.»
El Rey calló, y estrechando la mano del anciano tras breves mo-
mentos le dijo: «ese voto ha afligido mi corazon.»

Aquella noche en casa de Duplay, hablando á sus amigos, decia
Robespierre: «¡Desgraciado Igualdad! pudo abstenerse de votar, pero
»no quiso ó no se atrevió: la nacion hubiera sido mas magnánima.»

El hombre que se llamaba Robespierre, compadecia á Luis XVI
y despreciaba al Duque de Orleans.

VIII.

Dos meses despues era acusado el Duque de Orleans: «el primer
»Grande de los que habian fingido amor á la libertad.»

Preso, imaginó por algunos dias que podria salvarse; olvidó el
infeliz que la convencion cuando acusaba, mataba.

Se le condenó á muerte: recibió la noticia con exaltacion: medía
como hiena enjaulada el calabozo á grandes pasos, voceaba, pateaba
con furor, golpeaba delirante las paredes del calabozo: «¡Infames!
»gritó, parándose de repente, ¡infames y malvados! todo es lo he
»sacrificado, clase, fortuna, ambicion, honor, sentimientos de la na-
»turalidad, conciencia... y hé aquí el premio.»

Subió en la infame carreta: *la piedad* de la revolucion le condujo
por delante de su palacio.— Cuando vió escritas sobre la fachada las
palabras: *propiedad nacional*, inclinó la cabeza y gimió: cuando le-
vantó los ojos y vió la guillotina, la sangre de Enrique IV hizo su
oficio y se serenó.

Negábase á morir como cristiano: el Sacerdote rogaba, suplicaba,
conjuraba: al fin inclinóse Luis Felipe de Orleans y murmuró al oido
del Sacerdote algunas palabras.

En manos ya del verdugo dijo estas otras: «no es el tribunal,
»no es la convencion, no son los patriotas los que me matan; es otra
»voluntad mas poderosa.»

LUIS FELIPE DE ORLEANS,

REY DE LOS FRANCESES.

LE DUC DE ORLÉANS

LE DUC DE ORLÉANS

I.

«Mi hijo me causó ayer un pesar grandísimo: si tuviese veinticinco años me atormentaría menos su entrada en los Jacobinos, pues que entonces sería capaz de pensar y discernir por sí; pero á los diez y siete... lanzado en una sociedad de esa clase... me espanta... ¡Imposible parece que seamos nosotros mismos los que para perfeccionar su educación le arrojemos á los jacobinos! Nadie lo comprenderá.» Esto escribía la Duquesa de Orleans á su marido: quejas vanas de una esposa y madre tan virtuosa como desgraciada; José Igualdad no hizo caso de sus dolores ni de sus consejos.

Verdad es que el jóven Duque no necesitaba de las lecciones de los jacobinos, puesto que tenía en casa á su padre y su maestro.

Como él y á la manera de él amó la libertad, ó mejor dicho, la revolucion que iba á trastornarlo todo.

Un dia hallábase el Duque de Chartres con los Marqueses de Ragecourt y Beauharnais en las tribunas de la asamblea: era el 5 de octubre.

Disputaban acerbamente realistas y orleanistas: éstos, por boca de Mirabeau y Sillery, declaraban que la nacion necesitaba víctimas: los realistas rugían. Puget de Brantome, orleanista decidido, se hallaba en la misma tribuna que el Duque de Chartres y fijándose en los realistas: «se conoce, dijo dirigiéndose al hijo de Igualdad, que esos señores necesitan faroles; pues bien... los tendrán.» Ragecourt y Beauharnais protestan contra las horribles palabras de Puget, mas el Duque de Chartres viene en su ayuda diciendo: «En efecto, señores, aun se necesitan faroles.»

Las doctrinas de los jacobinos caian en buena tierra: el padre habia renegado de su sangre, y tomado el apellido de Igualdad; siguió el hijo sus huellas y firmaba: *Luis Felipe Igualdad, Principe francés por su desgracia y jacobino hasta las uñas.*

A pesar de ese prematuro y loco patriotismo, fijábase recelosa la mirada de la convencion sobre la familia de los Orleans; murmurábase de Dumouriez, hombre capaz, ambicioso é intrépido, de estar en íntimas y secretas relaciones con aquella familia y de tratar de concierto con ella, en daño de la libertad de la república.

Habia sido ya guillotinado el Rey de Francia, lo habia sido Luis Felipe Igualdad: Dumouriez, que salvaba la revolucion en las fronteras, teniendo á su lado al Duque de Chartres, y adorado del ejército; maquinaba revolver sobre París, acabar con la convencion y entronizar á su discípulo, al hijo del regicida.

Sospechó la convencion, mas titubeó un instante ante la gloria de Dumouriez: al fin resuelta, envia comisionados al campamento. Sábese lo que pasó. Dumouriez los prende, el ejército no le sigue y el General con el Duque de Chartres, desertó de las banderas de la revolucion y se salvó en pais extranjero.

Lamartine lo ha juzgado severamente: hablando de él, ha dicho: «tal fué el desenlace de este largo drama político y militar que »habia elevado á Dumouriez á la altura de los mas grandes hombres, para hacerle caer de repente hasta el nivel del mas miserable »aventurero... representó el papel de grande hombre y solo lo fué »á medias; su sangre derramada por la libertad en el campo de batalla, ó en un cadáso por la ingratitude de la república, hubiera »pedido á la posteridad venganza y consagrado por todos los siglos »una de las mas bellas páginas de la revolucion. Su vida salvada »por una defeccion y su traicion descubierta, esparcen una sombra »odiosa sobre el brillo de sus campañas.»

Si el historiador es justo y digno Dumouriez de vituperio, merece compartirlo con él, su discípulo y Edecan el Duque de Chartres.

Dumouriez, aunque llegó á edad avanzadísima, no pisó ya el suelo de Francia: el de Chartres volvió á París pasada la época del terror.

Desde el suelo extranjero trabajaba Dumouriez en favor del dis-

cúpulo que queria ser Rey y ayudaba grandemente en París la Condesa de Genlis, favorita del padre y aya del hijo.

Vanamente intentó el vencedor de Jemmapes ganar en favor del Príncipe al leal Charette y á algunos de los mas valientes Vendeanos, y vanamente Madama Genlis pretendió con idilios pastoriles, seducir en su favor la opinion y el favor público.

Las intrigas de Dumouriez y las alabanzas de la Genlis avivaron los recelos del Directorio. Orleans con sus protestas no consiguió adormecerlo, y el 24 de setiembre de 1796 tuvo que embarcarse en Hamburgo para América, esperando volver á su patria en tiempos mejores.

II.

El ardiente jacobino, el enemigo mortal de los tronos, imaginó á la caída del Directorio, que le convenia retornar á Europa; pero no fué á París donde no habia seguridad para él, ni tenian probabilidad de logro su ambiciosas esperanzas; dirigióse á Lóndres, á pesar de que allí estaba principalmente la emigracion realista que miraba con horror al hijo del regicida.

El Príncipe dió entonces una gran prueba de la flexibilidad asombrosa de su carácter. Se presentó en Lóndres al Conde de Artois, Lugarteniente general de Luis XVIII; suplicó, protestó y firmó por fin, juntamente con su hermano, una declaracion en que hacia solemne juramento sobre su espada, de vivir y morir fiel á su honor y á su Monarca legítimo...

El republicano se habia hecho realista: habíase convertido en cortesano el jacobino.

Desconfiaban los realistas, sin embargo, de aquella singular conversion y cuanto menos creian en ella, mas se esforzaba Luis Felipe en hacerla creer, y aprovechaba cualquiera ocasion para poner de realce su amor al Rey, su dueño «con el cual me ligan todos los juramentos que pueden ligar á un hombre, todos los deberes que pueden ligar á un Príncipe... todo lo que me debo á mí mismo;» como decia en carta á la Reina Carolina de Nápoles, y añadia: «no escribo para hacer vanas protestas, mi objeto es puro y sencillas mis palabras. Jamás cesaré la corona, mientras el derecho de mi nacimiento y el orden de sucesion no la coloquen en mi cabeza. Jamás me mancharé apropiándome lo que á otro corresponde. Me consideraria envilecido y degradado, humillándome hasta el extremo de ser el sucesor de Bonaparte... mi ambicion tiene otro objeto... restablecer en el trono de sus antecesores á mi Rey, á mi señor, á mi pariente... cuando se es lo que soy, se desprecian, se aborrecen las usurpaciones y solo advenedizos sin corazon pueden

»apropiarse lo que, si las circunstancias le ofrecen; el honor le pro-
»hibe.»

Luis Felipe enviaba copia de esta carta á su Rey y señor Luis XVIII. Habia progresado: no era ya Igualdad, era el Príncipe de la sangre: no era entusiasta delirante del pueblo, sino del Rey: no sabia ya hablar de libertad, sino de honor.

Durante el imperio de Napoleon, glorioso y funesto para Francia, no puede culparse al Principe si estuvo ocioso y sí francés, no combatió contra su patria: pretendió del Gobierno inglés un mando para arrebatár á Francia las Islas Jónicas y se vino á España para ofrecer su espada al pueblo español que combatia por su independencia y por su Rey cautivo.

Inglaterra no dió al de Orleans el mando que ambicionaba: Inglaterra sospechó sin duda, y es posible que no con bastante fundamento, que Luis Felipe pretendia en España algo mas que servir á una causa legítima; y es lo cierto que frustró sus deseos. España no admitió los servicios de Orleans y fué lástima grande; porque entonces se hubiese visto á un Príncipe francés, aunque *Príncipe por su desgracia y jacobino hasta las uñas*, combatir contra Francia y contra el hombre á quien Francia habia colocado sobre el trono que era entonces el trono del Universo.

La batalla de Waterloo arrojó de él al Gran Capitan y abrió las puertas de su reino á Luis XVIII.

Cuando Orleans llegó á París, dícese que Madama Genlis le preguntó en són de broma: «espero que ahora ya no pensareis en ser Rey...» El Príncipe no contestó: pensaba sin duda en serlo.

El Rey en tanto acumulaba sobre él gracias y honores: confirmóle por tanto en el empleo de Teniente general Coronel de Húsares que llevó su padre, mandó que se le devolviesen los bienes de que el estado se incautó por haber satisfecho á los acreedores; y la recomendacion del Duque fue verdaderamente una credencial para todos sus partidarios decididos. Tan grande fue la influencia que alcanzó Orleans en el ánimo de Luis XVIII, que, cuando Napoleon escapó de la isla de Elba y entró victorioso en París, dijo á su amigo Talma: «no he destronado á Luis XVIII, á quien he destronado es al Duque de Orleans.»

III.

Este, durante los cien dias y con la prevision de la caida de Napoleón contra quien Europa estaba conjurada, empleó todos sus recursos y movió todos los resortes para preparar las cosas, de manera que le facilitaran en breve dia realizar sus sueños, ser Rey. El Duque de Dalmacia decia al Emperador: «que todos los Generales y Jefes pronunciaban el nombre de Orleans» y Boulaye de la Meurtre denunciaba en la cámara la ambicion del Príncipe, bien que sostenia con risible candor: «que el antiguo Igualdad sólo queria la corona para restituirla á Luis XVIII.»

La súbita ó imprevista caida de Napolen sorprendió á Luis Felipe: habíanse adelantado los sucesos: no estaba concluida la obra, ni en sazón la mies. Presentóse el Rey en París: nuevas protestas del Príncipe; mucho amor á la real persona; mucha indignacion por las calumnias de que habia sido objeto... El Rey aseguróle de nuevo todas las pensiones y le concedió asiento en la cámara de los Pares, como á los demás Príncipes de la sangre.

Deseaba algo mas el antiguo jacobino, deseaba el título de Alteza Real; pero Luis XVIII no se lo concedió diciendo al Abate Montesquieu: «demasiado cerca se encuentra ya del trono.» Esto, la defensa, aunque embozada, que hizo el Orleans en la sesion del 13 de Octubre de 1815, de la conspiracion que fue causa de la vuelta de Bonaparte y las sospechas de que la de la Frere, mas que en beneficio de aquel, se habia urdido en beneficio de los Orleans, fue causa de que Luis XVIII desterrase á nuestro Duque, que se trasladó á Inglaterra. Pero el destierro no entibió su amor, ni debilitó su lealtad;

puesto que publicó un nuevo manifiesto declarando: «que la legitimidad era el solo fiador de la paz de Europa...» y conjuraba á los Franceses á «que volviesen en sí, y se proclamasen fieles súbditos de Luis XVIII y de sus naturales herederos, como él tenía á gloria proclamarse; él, Príncipe, y ciudadano francés.»

La familia real se enterneció y el Conde de Artois y la Duquesa de Angulema, sin trégua ni reposo hostigaron al Rey, que al fin vencido, firmó la orden levantando el destierro á su primo cariñoso; pero despues de firmada devolvió la pluma á su hermano diciéndole estas proféticas palabras: «guardadla bien, que os puede servir para firmar vuestra abdicacion.»

Volvió el de Orleans á París y, segun parece, á representar, gran cómico, el bien aprendido papel. Muchas alabanzas al Rey en público en muestra de lealtad; pero en muestras de generosidad de Príncipe, proteccion y favor á todos los elementos de oposicion, á todos los periodistas descontentos. A su sombra se escribian folletos en que se encarecia la ineptitud de la rama primogénita y se ensalzaba las virtudes, el patriotismo y el talento de la segunda, lo cual no obstaba para que cuando en la alegría de los banquetes levantaba el de Orleans con su mano derecha la copa para brindar, pusiera la izquierda sobre el corazon y gritase con monárquico entusiasmo: *viva el Rey, ó vivan los duques de Berri y de Angulema.*

Era el de Orleans buen súbdito y además agradecido; pero á fuer de patriota tambien combinaba con Foy y Benjamin Constant los medios de suceder á Luis XVIII.

El patriota, por amor á Francia solamente descaba ser Rey, y á su candoroso y crédulo admirador el banquero Lafitte, suponiendo el caso, le decia: «consistiría mi felicidad en que Francia fuese el pais mas libre del mundo: los pueblos, mi querido Lafitte, no aborrecen á los Reyes, si no porque los Reyes los han engañado.»

Por desgracia no vivia en Francia entonces Moliere, el que escribió el *Tartufe*. ¡Gran tipo hubiera sido el de Orleans! En público podia encantar á los realistas; realista modelo; en secreto encantaba á sus amigos con el bello ideal de un Rey: democrático: él no queria serlo, pero sólo él podia serlo. ¡*Tartufe* de sangre real!

Presentábase el fin próximo de Luis XVIII y se agitaban los par-

tidos, sobre todos el orleanista. Lafitte, el mas ciego de ellos, creia imposible que hubiera un Francés que no suspirase por Luis Felipe Rey. Conferenció con el viejo Lafayette que no se mostró propicio; acudió á Benjamin Constant que le contestó: «es Borbon.—;Ah, sí! replicó Lafitte, ¿pero en qué se les parece? Y aun cuando sea Borbon, ¿no se puede en caso necesario hacerlo Valois? A Thiers le parece muy posible.»

Dirigióse despues á Talleyrand: «Tenga usted presente que esto se marcha: con la república es usted perdido; el Imperio lo fusila; sólo el Duque de Orleans puede salvarlo... Tres millones de francos, dos regimientos y doce mil obreros al rededor de las cámaras y viva el Duque de Orleans... Usted en una tribuna y yo en otra, y los primogénitos se largan.»

Ofreció Talleyrand pensarlo y habló con el Duque, á quien pareció exagerada cantidad la de tres millones.

Los momentos, por lo demás, que podia hurtar á sus amigos, los pasaba Orleans á la cabecera del lecho en que Luis XVIII estaba agonizando. Dicese que se le humedecieron los ojos, considerando la desgracia que iba á sufrir Francia con la muerte de su Rey.

Sucedió á Luis XVIII, Cárlos X y el Duque de Orleans corrió presuroso á prestarle homenaje. A poco logró del nuevo Soberano el ansiado título de Alteza Real y alcanzó lo que no pudo recabar de Luis XVIII y fue, que como los bienes de su padre le habian sido devueltos por una Real orden, revocable por serlo; él no se daba punto de descanso con el deseo de que una ley le confirmase irrevocablemente en la posesion de aquellos bienes. Temió Cárlos X que fracasara el proyecto ante Diputados mas realistas que el Rey, ó imaginó á la postre incluir aquella donacion en la lista civil; por lo que, no sin donaire decia Labourdonnais: «el Duque de Orleans nos mete el contrabando en los mismos coches del Rey.» Mas para el Duque de Orleans siempre habia algo que desear y tuvo valor bastante para pedir que se le indemnizara por su emigracion y Cárlos X bastante bondad para dejarle airoso en su propósito.

Con ello al par que la riqueza del Duque, creció grandemente su influencia y siguió representando la prolongada comedia de los quince años, protestando amor al Rey en público y conspirando en secreto.

No lo echó de ver ó no se persuadió de ello Cárlos X, sin duda por ser el mas cumplido caballero de su época, hasta pocos meses antes de la revolucion del 30. Un dia entró Orleans en su gabinete, y habló y obró en términos que Cárlos X decia á un General que presencié la entrevista: «no exijo de nadie humillaciones y menos del Duque de Orleans; pero tiene ese hombre el corazon mas bajo que el suelo que acaba de besar.»

IV.

La revolución de 1830 estalló; la facción orleanista no era mas que uno de sus elementos; la revolución se hacia contra el ministerio Polignac y en su empuje iba la república. En el combate de los tres dias no se pronunció el nombre de Orleans, ni se le aclamó una sóla vez despues de la victoria.

En nombre del Rey se revocaron ó se retiraron las ordenanzas causa ú ocasion de la gran revuelta. Lafitte, partidario de Orleans, contestó: «ya no es tiempo.» Replicóle Argout: «segun la constitucion, los Reyes son inviolables y sólo responden los Ministros.» El amigo de Orleans no supo qué contestar á este argumento; pero dirigiéndose á sus compañeros: «Creo, señores, les dijo, que es inútil »que este caballero insista.»

Lafitte, con Thiers, Mignet y Larreguy, publica una proclama en la que se leia: «la república no es posible, nos dividiria, nos malquistaria con Europa; lo único posible es el Duque de Orleans, Príncipe revolucionario, Rey ciudadano, que sólo espera la expresion del »voto nacional para declararse.» Asperamente se recibió el manifiesto: dióse el grito por algunos de: *no mas Borbones*; pero Lafitte declaró que Orleans no era Borbon, sino Valois. Si el Duque hablaba por boca de Lafitte, renegaba de su nombre en 1830, como habia renegado su padre en 1793.

V.

Desde el comienzo de la batalla de los tres días que echó de París á tres generaciones de Reyes, según la bella frase de Chateaubriand, habíase escondido el Duque en una posesión de su casa en el bosque de Raincy, esperando ansioso el resultado. Enviábale Lafitte correo tras correo, pero el Duque no abandonaba su retiro; por fin le escribe: «que es preciso elegir entre la corona y un pasaporte,» y el Duque contesta turbado: *gracias*. En este trance Thiers marcha á Neuilly donde estaba la hermana de Orleans, que más animosa recibía los emisarios, conferenciaba, combinaba, dirigía. Acorde con ella, se envía al conde Anatolio de Montesquieu para que busque en su escondite á Luis Felipe y le traiga á Neuilly. Luis Felipe se deja vencer, pero llegado al palacio espera las sombras de la noche para dirigirse á París, donde vió al duque de Montemar y le protestó que su ida á la corte no tenía más objeto que favorecer los intereses del Rey.

—Pero oigo gritar, replicaba Montemar, *viva el Rey*, y es á Vuestra Alteza á quien se dirigen esos vivas...

—No, no, repuso el Duque, y si antes que yo ve usted al Rey, dígame que me han traído á la fuerza; pero que me harán pedazos primero que consentir en que me ciñan la corona.

Hervía en tanto la revolución, discordes los ánimos, distintas y aun contrarias las aspiraciones, los intereses opuestos, la confusión grande. Quiénes proponen la república, quiénes á Enrique V con regencia: Lafitte y los amigos del Duque rechazan á estos, parecen

contemporizar con aquellos, y proponen que se nombre en tanto á Orleans Lugarteniente general del reino. Guizot redacta un mensaje que ochenta y nueve Pares y Diputados en la mañana del 31 de Julio llevan al Palacio Real. Cuando Orleans vió al Presidente de la comision Lafitte; que se habia torcido un pie al franquear una barricada, cojeando y entrapajado, se sonrió: «no mireis á mis pies, le dice Lafitte, »si no á mis manos: en ellas os traigo una corona.» El Duque no protestó.

Ofrécenle la lugartenencia, duda, resiste blandamente, acepta y dá una proclama en la que, tras de decir: *que no habia vacilado en participar del peligro comun*, concluia prometiendo: «que una carta seria »en lo sucesivo una verdad.»

Recibida la proclama con entusiasmo por la cámara se contestó con un mensaje que llevaron algunos Diputados al Palacio Real: Luis Felipe se conmovió, enterneció, se le arrasaron los ojos de lágrimas considerando la deplorable situacion del reino que le obligaba á admitir la lugartenencia general.

En tanto los republicanos llamándose á engaño ó temiéndolo, bullian por todas partes, crecía la inquietud, irritábanse los ánimes, oponíanse á la de Orleans, proclamas revolucionarias; desconocíase la competencia de los Diputados de Carlos X, para representar al pueblo que lo derribaba; se repetía el grito de: *abajo los Borbones*; formábase la genealogía de Luis Felipe, hasta Felipe I de Orleans hermano de Luis XIV, tan Borbon como el más Borbon; negábanse, en una palabra, al reconocimiento de la lugartenencia, y se reclamaba que siguiera el Gobierno provisional presidiéndolo Lafayette... Pero Lafayette que al comienzo de la insurreccion habia dicho: «volvamos »á empezar hoy lo que hacíamos en 1789,» seducido por Lafitte, contestaba candorosamente á los republicanos que le rodeaban: «la »soberanía orleanista es la mejor de todas las repúblicas: la Francia »sólo necesita una monarquía rodeada de instituciones republi- »canas.»

El Espartero francés, fue, como siempre, juguete de hombres más ambiciosos ó más hábiles...

Pero el foco anti-realista se hallaba en el *Hotel de Ville* y era menester ir allá y Luis Felipe tuvo ese valor.

Montado en un caballo blanco, rodeado de sus parciales y seguido por Mr. Lafitte en una silla de manos, dirígese al *Hotel de Ville*. Según que iban alejándose del Palacio Real, escaseaban las aclamaciones: en vano Orleans ostentaba ante el pueblo su intimidad con Lafitte con los gestos y con la voz, y sonreía á Mr. Viennet, y saludaba cariñoso al general Gerard y á Mr. Mechin, y enseñaba al pueblo su sombrero con escarapela tricolor; el pueblo permanecía mudo y desdenoso hasta que al llegar á la plaza de la Greve estalló en vivas á la república y á la libertad.

Cuando el acompañamiento entraba en el *Hotel de Ville*, trocáronse estos vivas en los más temerosos para Luis Felipe de: «no más »Borbones; viva Lafayette.» El Lugarteniente se turba, se esfuerzan los Diputados para restablecer la calma, comienzan á leer un manifiesto que llevaban á prevención y en el que entre otras cosas se ofrecía el establecimiento del jurado para los delitos de imprenta. Al llegar á tal punto, interrumpe la lectura Luis Felipe con viveza: «no, »no, de hoy en adelante no habrá ya delitos de imprenta.»

Al oír estas palabras, Dubourg, General improvisado en las barricadas, se adelanta y le dice con tono amenazador:

—Tenemos la promesa de usted, y si usted la olvida, los medios de recordársela.

—Soy un hombre honrado, caballero, usted no me conoce.

—Porque le conozco á usted, le hablo así, señor Duque, le replicó Dubourg.

Seguían agitados los ánimos; la muchedumbre esperaba sólo una voz, un gesto de Lafayette para proclamarle Dictador ó Presidente de la república; en aquel supremo instante Lafayette toma una bandera tricolor, la entrega al Duque, le lleva al balcon, lo abraza y lo besa; la muchedumbre aplaude y la lugartenencia queda confirmada. Del beso de Lafayette nació un Rey.

VI.

«Mi reinado no será mas que un puente para pasar á la «república,» solia repetir Luis Felipe; mas no imaginaba entonces que la revolucion le arrojaria á escobazos y pasaria por ese puente la república para descansar en brazos de un Dictador.

Luis Felipe, Lugarteniente, y tocando ya con la mano la corona, necesitaba de arte sumo para no hacerse sospechoso al partido revolucionario, y frustrar planes y propósitos de los amigos de la legitimidad.

«Ustedes saben, decia á los redactores del Nacional, representantes de la j6ven república, lo que son ódios de familia..... pues bien, el que divide la rama primogénita de la segunda, data desde el hermano de Luis XIV.»

Al mismo tiempo ofrecia una cartera al antiguo convencional Dupont del Eure, que la rehusaba; *porque no era hombre de córte.*

—«¿Qué hablais de córte? replicaba Luis Felipe en tono de asombro, ¿acaso quiero yo córte?

—Es que no sólo me repugna la forma; la esencia del poder monárquico, no se aviene ni con mis costumbres populares, ni con mi cabeza y mi corazon republicanos.

—«¡Ah! no conocéis los míos. Con un corazon sano y un espíritu recto, es imposible haber habitado en los Estados-Unidos, y no ser democrata. ¡Si supiérais cuánto siento no poder vivir como simple ciudadano de la república francesa!...

—«Francamente, me hubiera gustado renovar el ensayo de 1789, aun cuando no fue feliz la prueba; me anima sin embargo la espe-

»ranza de que ahora, no se tratará de hacer realista á la nacion,
»sino nacional á la monarquía.

—»¿Será posible, Mr. Dupont, contestaba Luis Felipe como re-
»sentido, que os creais mas patriota que yo? Creedme; os excedo...

—»Diffcil es...

—»No lo dudeis.

—»Eso me dicen muchos; pero yo me conozco á mí mismo, y
»no tengo el honor de conoceros.»

Segun afirma un testigo ocular, el buen Dupont quedó cate-
quizado.

No por esto olvidaba Luis Felipe á los legitimistas: entre los Pa-
res descollaba Chateaubriand, el Rey de la prosa, carácter capricho-
so, alma inquieta, genio brillantísimo.

La libertad hubiera podido seducirle; Luis Felipe no: su altivez
le preservaba.

Fue llamado al Palacio Real donde le esperaban la Duquesa de
Orleans y su astuta hermana Adelaida...

Hé aqui cómo cuenta él la entrevista:

—»¡Ah Mr. de Chateaubriand, exclamaron las Princesas, cuán
»desgraciados somos! Quizá si se unieran podrian salvarse todos los
»partidos.

—»Señora, nada mas fácil: Enrique V es Rey, y al Duque se le
»ha conferido la lugartenencia: que sea el Duque Regente durante la
»minoría, y vedlo todo arreglado...

—»Pero Mr. Chateaubriand, el pueblo está muy agitado, la
»anarquía nos amenaza...

—»¿Me atreveré, señora, á preguntaros, cuál es la intencion de
»Monseñor el Duque de Orleans? Si se la ofreciesen ¿aceptaría la
»corona?

»Vacilaron ambas Princesas; mas la Duquesa contestó despues de
»un momento de silencio:

—»Pensad, Mr. de Chateaubriand, en las desgracias que pueden
»sobvenir. Para salvarnos de la república, es menester que se en-
»tiendan todas las personas honradas. En Roma, Mr. de Chateau-
»briand, y aun aquí, si no quereis salir de Francia, podeis prestar
»grandes servicios.

—»No ignorais, señora, mi afecto al jóven Rey y á su madre.

—»¡Ah! ¡Bien se han portado con vos, Mr. de Chateaubriand!

—»Vuestra Alteza Real no querrá ciertamente que yo me ponga
»en contradicción con toda mi vida...

—»¿No conoceis á mi sobrina? ¡Es tan viva!... ¡Pobre Carolina!...

»Llamaré al Duque de Orleans que os convencerá mejor que yo.

»Dió sus órdenes la Princesa, y Luis Felipe llegó al cabo de un
»cuarto de hora. Estaba mal vestido y parecia hallarse muy cansado:
»me levanté y se acercó diciéndome:

—»Ya os habrá indicado la Duquesa lo desgraciados que somos...

»Y en seguida me hizo un idilio sobre la felicidad que gozaba en
»el campo, y sobre la vida tranquila y adecuada á sus inclinaciones
»que pasaba en medio de sus hijos. Aprovechéme de la pausa que
»hizo entre dos estrofas, para tomar á mi vez respetuosamente la
»palabra y repetirle casi lo mismo que habia dicho á las Princesas.

—»¡Ah, exclamó, eso es lo que yo deseo! ¡Quedaría satisfecho con
»ser el tutor y el apoyo de ese niño!... Creo como vos, Mr. de Cha-
»teaubriand, que lo mejor que puede hacerse es ir en busca del Du-
»que de Burdeos; pero temo que los acontecimientos puedan mas que
»nosotros.

—»¡Más que nosotros, señor! ¿No estais investido de todos los
»poderes?...

Chateaubriand nos cuenta que se atrevió á dar consejos, que es
forzó razones, y que hizo brillar á los ojos de Luis Felipe la gloria
de conservar un trono para el heredero legítimo, cuyo tálamo real
podría compartir una de sus hijas.

Mientras Chateaubriand hablaba, Luis Felipe dirigia su vista
vagamente á uno y otro lado, y... «disimuladme, dijo, Mr. de Cha-
»teaubriand; pero dejé por hablaros á una comision que me espera:
»ya os habrá dicho la Duquesa que me consideraria feliz, si pudiera
»realizar vuestro deseo; mas creedme, nadie sinó yo puede conte-
»ner á las turbas amenazadoras.

Chateaubriand escribe estas palabras: «Mis consejos no le senta-
»ban bien: en su frente estaba escrito y yo lo leí, el deseo que tenia
»de ser Rey;» y estas otras mas formidables y aun proféticas: «La
»falta de Luis Felipe no consiste en haber aceptado la corona (acto

»de ambicion de que hay mil ejemplos, y que no ataca mas que á
»una institucion política); su verdadero crimen es haber sido tutor
»infiel, *haber despojado al niño y al huérfano*, delito contra el cual
»no encuentra bastantes maldiciones la Escritura; pero nunca la jus-
»ticia moral (que unos llaman fatalidad y otros providencia, y yo
»consecuencia inevitable del mal), ha dejado de castigar las infrac-
»ciones de la ley moral.»

«Felipe y su gobierno, y todo ese órden de cosas contradictorias
»é imposibles, perecerá mas tarde ó mas temprano, por casos fortui-
»tos, por complicaciones de intereses exteriores é interiores, por la
»apatía y la corrupcion de los individuos, por la ligereza de los
»espíritus, la indiferencia y la degradacion de los caracteres, pero
»cualquiera que sea la duracion del régimen actual, no será nunca
»bastante largo para que la rama de Orleans pueda echar profundas
»raíces.»

VII.

El 2 de Agosto escribía Carlos X á su *afectísimo primo*, á fin de que pusiera en conocimiento del cuerpo diplomático, que él y el Delfin abdicaban en favor de su nieto el Duque de Burdeos, y tomase como Lugarteniente del reino, las medidas necesarias para proclamar el advenimiento de Enrique V á la corona de Francia.

No desmintió su carácter Luis Felipe: contestó afectuosamente al Rey, protestó su fidelidad y le encargó al mismo tiempo lo conveniente que seria para sus intereses alejarse del reino. Estaba Carlos X en Rambouillet con 12,000 hombres y habíanse levantado los campamentos de Bolonia y Suneville que venian en su auxilio á banderas desplegadas. Andaba con esto desasosegado el Lugarteniente: «es preciso que se marche, decia, es preciso espantarle;» y con este fin, y de concierto con los suyos, el general Pajol, con una columna ciudadana, se dirigió á Rambouillet. Más que por el temor de la gente allegadiza, por las instancias elocuentes de Odilon Barrot, el Rey cede al fin, deja á Francia y se embarca para Inglaterra.

El 3 de Agosto se abrió la cámara de los comunes, á donde acudieron una docena de Pares. Junto al trono vacío, sentóse el Lugarteniente, que en un artificioso discurso, *modelo de fraseología usurpadora*, (a) repitió lo de: «la triste necesidad en que se veia, »para salvar á Francia, de aceptar la lugartenencia; de la completa »libertad que iba á desbordar fecunda sobre el pais; de su absoluta »sumision á la cámara, única guía en todos sus actos:» despues dió

(a) Sarrut.

cuenta de la abdicacion del Rey y del Delfin, y *por una miserable estratagema y una infame reticencia* (a), suprimió al leer la comunicacion, el párrafo en que Cárlos X decia: «que él y el Delfin abdicaban en favor de Enrique V.»

Vacante el trono, se llamó y acudió con prodigiosa actividad, mayor número de Diputados; redactóse presurosamente una nueva Constitucion, y el 7 de Agosto, 219 proclamaron por rey de los Franceses á Luis Felipe de Orleans.

Con visible conmocion recibió el mensaje, repitió el idilio de que nos habló Chateaubriand, y abrazó cariñosamente á Lafitte y Lafayette que le habian dado un trono aborrecido.

Por algun tiempo mostróse Rey ciudadano, sufría con paciencia las molestias del reinado, descendia con su corona puesta, hasta los círculos mas humildes, y referia á oscuros ciudadanos sus dorados proyectos para la libertad y felicidad del pais y sus antiguas hazañas en Jemmapes y Valmy, con que realzó las glorias de la Francia..... Hay quien dice que de vez en cuando el Rey ciudadano salia al balcon de palacio y cantaba la marsellesa.

Pero pasaron algunos dias, y Luis Felipe se cansó de ser ciudadano y fue Rey, y no como San Luis ni como Enrique IV.

A los pocos meses abolió el mando general de la guardia nacional con desdoro de las canas de Lafayete que lo desempeñaba, y que indignado se retiró.

Trascurrió un año apenas, y era arrojado del ministerio Lafitte, á quien debia quizá la corona, abonando con esto el dicho de Madama de Sevigne; segun la cual: «hay á veces obligaciones tan grandes y deudas tan considerables, que no pueden pagarse sino con la ingratitude.»

Lo que fue el reinado de Luis Felipe no es necesario que lo recordemos; todos saben esta triste historia: sin duda aumentó en Francia la prosperidad material; pero en el exterior fue humillada y en el interior corrompida.

A fin de evitar la coligacion europea, escribió al Emperador Nicolás: «que solo habia recibido la corona para, vencidas las dificulta-

(a) Chateaubriand.

»des con que tropezaba, entregársela á Enrique V en tiempo oportuno.» Halagaba á Inglaterra con la esperanza que hacia entreveer del abandono de Argel: fingia ayudar á los emigrados italianos, y denunciaba sus planes al Embajador austriaco... El amigo de los republicanos los perseguia; el que declaró que no habria ya mas delitos de imprenta, encarceló á los escritores; el que mas que Rey queria ser ciudadano de una república, mutilaba un discurso en que se le suplicaba permitiese á la verdad llegar á sus oidos, y se le recordaban sus juramentos; el que ofreció solemnemente que en su reinado la carta sería una verdad, corrompió el sistema electoral para grangearse en la cámara una mayoría de cortesanos.

Por lo demás no descuidó completamente sus intereses. Logró que se declarase ilícita la fundacion que el último Rohan dejó para los hijos de sus compañeros muertos á su lado en los campos de batalla, merced á lo cual se adjudicó á su familia 100,000 francos de renta con despojo del huérfano y de la viuda (a).

Con esto, y con los 40.000,000 de francos que entre lista civil y bienes de la corona le pagaba Francia, era su familia inmensamente rica... Y él parecia feliz, y parecia asegurado para siempre su imperio, apesar del ódio de los liberales y de la indignacion de los legitimistas; cuando sonó la hora de la Justicia divina y su trono vaciló y miserablemente cayó al soplo de una revolucion que se llamó en Francia *la revolucion del desprecio*.

A Carlos X se le echó á cañonazos; á Luis Felipe á puntapiés.

Sea dicho esto en honor de la verdad histórica, no en ofensa de un Rey, que como hombre particular tenia sin duda prendas estimables.

Chateaubriand, con aquel magnífico pincel cuyos colores no borrará el tiempo, ha retratado á Luis Felipe de Orleans: hé aquí el retrato.

«Luis Felipe es un hombre de talento... ha dominado á los hombres que se han acercado á él; se ha burlado de sus Ministros tomándolos, despidiéndolos, volviéndolos á tomar y á despedir despues de comprometerlos... Dos pasiones echan á perder sus cuali-

(a) Michaud.

»dades: el excesivo amor á sus hijos, y la insaciable codicia de au-
»mentar su fortuna... No siente el honor de la Francia como lo sen-
»tirian los primogénitos Borbones: no tiene necesidad de honor, y
»solo teme las sublevaciones populares... Está á cubierto bajo el crí-
»men de su padre: el odio del bien no pesa sobre él, es un cómplice
»y no una víctima. Habiendo comprendido el cansancio de los tiem-
»pos y la vileza de las almas, se ha encontrado á su placer. Leyes
»de intimidacion han venido á suprimir las libertades..... y nadie
»ha chistado. Ha empleado la arbitrariedad, ha degollado en la
»calle Trasnonain, ametrallado en Lyon, intentado numerosos pro-
»cesos de imprenta, arrestado ciudadanos retenidos meses y años en
»la cárcel como medida preventiva... y ha sido aplaudido: el pais
»gastado, sin querer mezclarse en nada, lo ha sufrido todo.»

Tal fue Luis Felipe, el Rey ciudadano.

The first part of the paper is devoted to a general
 discussion of the problem. It is shown that the
 problem is equivalent to the problem of finding
 the minimum of a certain functional. This
 functional is defined as follows:

$$J(u) = \int_{\Omega} |\nabla u|^2 dx + \int_{\Omega} f(x) u dx$$

where Ω is the domain of interest, ∇ is the
 gradient operator, and $f(x)$ is a given function.
 The minimum of this functional is attained
 when u satisfies the following boundary value
 problem:

$$\Delta u + f(x) u = 0 \text{ in } \Omega, \quad u = 0 \text{ on } \partial\Omega$$

where Δ is the Laplace operator and $\partial\Omega$ is
 the boundary of Ω . The problem of finding
 the minimum of $J(u)$ is equivalent to the
 problem of finding the solution of the above
 boundary value problem.

ANTONIO DE ORLEANS,

DUQUE DE MONTPENSIER.

ANTONIO DE ORTEGA

LIBRO DE MONTECASSINO

I.

Hasta aquí fue llano el camino, de aquí en adelante se presenta difícil y resbaladizo.

Hemos hablado de muertos, ó por mejor decir, hemos recordado lo que hablaba de ellos la historia.

A muertos y á vivos se debe justicia; mas la ofensa á aquellos sólo les hiere en la memoria; á estos en el nombre, en los afectos, en los intereses, en las aspiraciones.

No tema el Duque de Montpensier que ultraje nuestra pluma al hombre privado; aunque si bien se considera, el candidato á una corona es persona pública y toda ella debería estar sujeta á la pública discusión, que lo que del Rey ha de velarse con respeto, puede decirse con libertad del aspirante.

Nace un niño en las gradas de un trono para ser Rey: espada en mano un hombre y al frente de sus huestes, busca una corona; pero raras veces se ha visto en el mundo lo que hoy se ve en España; que un Príncipe presente sumiso su memorial á la soberanía popular, para que se digne concederle un trono. Parécenos que nadie debía pedir tan grandes limosnas.

Por si sospecha la malicia que hay dañada intencion en nuestra protesta en punto al respeto que se ofrece al hombre, cúmplenos decir con lealtad que nada sabemos de la persona particular que pudiera ofender al Duque pretendiente. Por el contrario, la comun opinion nos lo presenta buen esposo, buen padre y administrador diligentísimo de lo suyo. Sobre este punto se ha hablado con variedad y generalmente en són de censura: se ha supuesto en Montpensier cualidades

que no ofenden al simple particular; pero que desdoran al Príncipe. Verdad ó mentira así se ha pregonado en muchos periódicos: nosotros recordamos sólo que hubo en España Rey que anduvo en lenguas de las gentes por sobrado económico y que se complacia en alabar por muy bueno el jubon que habia sufrido tres pares de mangas.

Verdad es que Fernando el Católico trataba de afrentar con una altiva muestra de economía el amor al lujo que en muchos de sus Magnates se ostentaba desenfrenado; fuera de que metido en altísimas empresas y en gloriosas campañas, estaba obligado á una economía tan severa, que parecia llegar en ocasiones á los límites de la avaricia. De este Rey, por lo demás, nunca se dijo que negociara, y de cierto fue un gran Rey que dejó grande á España y señora de dos mundos: el murió pobrísimo en Madrudejos.

Si el duque de Montpensier, cuidando esmeradamente de su familia y de su hacienda, se propusiese seguir en la vida que llevaba, felizmente pacífica y oscura; no diríamos una palabra que pudiese sonar en su daño: diríamos en todo caso que siendo muy estimable, le teníamos por poco feliz; puesto caso que hombre riquísimo é instruido además, residiendo há tantos años en Sevilla, su ciudad predilecta, no habia logrado la fortuna de ser en ella querido. ¡Triste verdad que da márgen á no pocas consideraciones sobre la actual pretension del Duque! El que en veinte años no pudo conseguir el amor de Sevilla, no abrigue la ilusoria esperanza de tener el amor de España.

Pensando en ello ocurriósenos combatir su candidatura, no por sollicitacion estraña, sinó por espontánea voluntad; no por odio á la persona del Príncipe al que no conocemos, no por ningun interés sobre lo cual no nos rebajaríamos á protestar; sinó por amor á la patria y á lo honesto y á lo bueno; que cuanto mas meditamos en los sucesos que acaban de pasar y en la estupenda pretension del Príncipe, mayor asombro y maravilla sentimos: Dios nos es testigo de que creemos en nuestras conciencias que el último de los hombres que puede sentarse en el trono que ocupó doña Isabel, es su hermano Antonio de Orleans, el nieto del regicida, el hijo del corruptor.

Habrá quien á primer vista califique esta opinion de exagerada; mas le rogamos que suspenda, si puede, por algunos instantes el

juicio, y si no estudió el punto, lo estudie, y si lo meditó poco, lo medite mas; con la seguridad de que á la postre, ó adoptará nuestra opinion ó vacilará en la suya. Y cuenta que no negamos á Montpensier cualidades de Rey; pero aun teniéndolas eminentes y superiores á las de otros candidatos, las candidaturas de éstos serán posibles; pero no, moralmente hablando, la de Montpensier. La razon es óbvia y poderosa. La candidatura de Montpensier no es moral.

II.

No sin pesar y no sin repugnancia recordamos las aciagas historias de José Igualdad y del Rey ciudadano.

Al considerar que puede el Duque de Montpensier fijar los ojos en estas líneas, sentimos pena; porque ¿quién lleva sin dolor que se le recuerde y no como título de gloria, la historia de sus padres? Antes que ver ofendida la memoria de los amadísimos que Dios nos dió, preferiríamos que se injuriase nuestro propio nombre... pero cuando nuestros padres fueron puestos por el nacimiento ó por la fortuna en la cúspide de la sociedad, el mundo los vió y los conoció y la historia escribió sobre ellos páginas, que la mano de ningún hombre puede borrar.

El Duque de Montpensier habrá leído esas páginas que hemos tenido el dolor de poner ante sus ojos... ¡Singular familia la de los Orleans!

El abuelo conspiró contra su pariente el santo Rey y votó su muerte: el padre conspiró contra su primo el Rey caballero y tomó la corona del huérfano: y este nuestro Duque ha conspirado contra su hermana, á quien culpando sus faltas, no negará la historia el nombre de bondadosa; y hoy como apuntamos arriba está presentando memoriales á la soberanía del pueblo, para que le ciña la diadema desprendida apenas de las sienes de su hermana, que le honró con su afecto y le favoreció con sus mercedes... Confesemos, pues, que es singular familia esa familia de los Orleans y que hay para una sola familia sobrada infidelidad y sobrado escándalo para menos de un siglo.

Si lo que escribimos parece extraño y por ventura absurdo, podrá ser nuestra la culpa; pero sin duda lo es del tiempo en que nos tocó vivir, tiempo en que escasean los grandes caracteres y se han debilitado los vigorosos principios que en lo antiguo ponían á nuestra España sobre todos los pueblos de la tierra.

Los que con sorpresa ó con disgusto, ó con desdeñosa sonrisa lean los hechos que nosotros recordamos de Luis Felipe José Igualdad y de Luis Felipe para combatir también con estos recuerdos la candidatura de Antonio de Orleans; quizá habrán asistido y no pocas veces al antes teatro real y hoy *nacional* de la ópera italiana, y oído con deleite los melodiosos acordes de Donicetti en su partitura de Lucrecia.

¿Qué les ha parecido del grito desgarrador que se escapa del pecho del capitán Genaro?

¡Soy un Borgia! ¡Oh ciel qué intendo!...

pues aquel grito desgarrador les ha parecido natural: ellos lo hubieran lanzado puestos en lugar del joven. El ardiente y generoso enemigo de Lucrecia está en la flor de su vida y no siente morir; pero acaba de saber que es un Borgia y no se puede consolar...

Si nuestro abuelo se hubiese llamado José Igualdad... no maldeciríamos su memoria, pero no podríamos consolarnos. Llevábamos en nuestras venas sangre del hombre que deshonoró á su madre, que mató á su Rey, que mereció... el desprecio de Robespierre.

Esa familia de los Orleans necesita para purificarse—si purificarse completamente es posible despues del gran crimen—de un Luis XVI mártir, de un Rancé penitente.

Verdad es, y nos complacemos en confesarlo, que en el palacio de esa familia entró la virtud bajo la angélica figura de María Amelia; y hasta nos parece que el mundo podría hasta cierto punto olvidar los escándalos del Regente, los crímenes de Igualdad y las arterías de Luis Felipe, si los hijos de María Amelia y los hijos de esos hijos, olvidando ejemplos de los padres, siguiesen las huellas de la dulce y piadosa madre.

Y decimos mucho al decir que el mundo podrá olvidar que un hijo de María Amelia llevaba en sus venas sangre de José Igualdad.

Es ley providencial y misteriosa la de esa solidaridad tremenda. Digan los hombres lo que quieran, siempre repugnarán dar la mano al hijo de un asesino, y siempre se apresurarán á estrechar la de un héroe... El hijo de un héroe puede ser un villano y á la luz de la gloria de quien le engendró parecerá mas villano, y sin embargo, aun respetareis en él la sombra del padre, que fue por ventura el salvador de su patria: el hijo de un asesino puede ser casi un santo y puede su virtud... delante de Dios sí, pero delante de los hombres no lo sabemos... Lo que creemos saber es que la raza de Orleans despues del atroz regicidio, no debe reinar sobre la tierra.

El voto de José Igualdad matando al Rey, derribó las monarquía y rompió las coronas.

Si el Duque de Montpensier, sean cualesquiera los errores de la Reina su hermana, se hubiera presentado en el puente de Alcolea, á esta parte del puente, no á la otra; al lado del caballeroso Girgenti, no al lado del Duque de la Torre; entonces, amigos y enemigos de la dinastía que cayó hubieran pensado ó dicho: «el duque de Montpensier no es un Orleans,» y esa exclamacion en sus labios seria gran alabanza del Príncipe, bien que triste alabanza...

El Duque de Montpensier se ha mostrado fiel á las tradiciones de su casa, no ha renegado de su sangre, es Orleans y muy Orleans.

III.

Nació el Príncipe el 31 de Junio 1824 y diéronle, como á todos los hijos de Luis Felipe, una educacion esmerada. Su padre le dedicó al ejercicio de las armas y dicen que recibió el bautismo de sangre en la campañas de Africa. Algunos le niegan valor: nosotros, aunque sabemos cómo hablan los Generales de los hijos de los Reyes que militan bajo su bandera, entendemos que no hay bastante motivo para negárselo y lo hay para presumirlo. La raza de los Borbones, no ha sido cobarde.

Sin embargo, atendidas las circunstancias y hechos, se inclina el ánimo á sospechar que Montpensier ha nacido mas bien para ser Luis el Prudente, que Carlos el Temerario. Esto si no es alabanza, tampoco es censura.

Logró su padre, con recelo de Europa y mortal disgusto de Inglaterra, concertar el casamiento de su hijo Montpensier con la Infanta Luisa Fernanda, al propio tiempo que se verificaba el de Doña Isabel II con su primo Don Francisco Asís de Borbon. En la alegría de las bodas hubo de brindarse por el perpetuo cariño y la perpetua felicidad de los ilustres novios, y no asombró aquella alegría la voz agorera de ningun Teoclimeno que anunciara tristemente á la Reina Isabel, que el Infante su hermano, á quien cordialmente abrazaba, habia de empujarla á ignominioso destierro y habia de pedir de manos de sus enemigos los despojos de su herencia.

1848 sorprendió á los Duques de Montpensier en el Palacio de

las Tullerías : sobre el proceder del Duque en aquellos trances temerosos, se ha hablado variamente. Un gran testigo, hombre verídico y altísimo ingenio, ha escrito cosas que se leerán en los siglos venideros y que no enaltecen al hijo de Luis Felipe y esposo de Luisa Fernanda.

Habla de los hijos de Luis Felipe y dice: que de todos ellos el único que por su abnegacion y por su valor se mostró digno del amor del pueblo fué el mas impopular, el Duque de Nemours.

Describe los momentos angustiosos en que se trataba de la abdicacion del Rey. Cuenta las palabras animosas del Mariscal Bugeaud que le disuadia de este propósito, que podia entonces calificarse de cobardía, «¡cómo, señor! ¿se os aconseja la abdicacion en medio del »combate? eso es aconsejaros más que la ruina, la deshonra... resta- »blezcamos el orden y despues deliberaremos... El Rey, dice La- »martine, pareció gozoso al oír su propia opinion autorizada por el »consejo marcial y vigoroso del Mariscal... el Rey no se acercaba »á la mesa y parecia haber renunciado á la idea de la abdicacion. »Los Consejeros se mostraban consternados: en la abdicacion veian »algunos su propia salud, otros la del reino, no faltaba quizá quien »de ella esperase su medro... El Duque de Montpensier, que pa- »recia mas dominado que los otros por la impaciencia del desen- »lace, fue sobre su padre, le abrumó con sus instancias y con ges- »to casi imperioso para obligarle á sentarse y á firmar. Tal actitud, »tales palabras se grabaron en la memoria de los presentes, como »una de las impresiones mas dolorosas de aquella escena. La Reina »sola, durante el tumulto y tropel de consejos cobardes, conservó la »grandeza, la serenidad y la resolucion de su carácter de esposa, de »madre y de Reina. Despues de haber combatido, asi como el Ma- »riscal, el pensamiento de una abdicacion precipitada; cedió á la »presion de los mas, retiróse al hueco de una ventana y desde allí »contempló al Rey con la indignacion en los labios y con las lágri- »mas en los ojos.»

La revolucion dejó á la familia de Orleans sin patria; despues Luis Napoleon la dejó sin bienes: el Duque de Montpensier encontró patria y bienes y paz y felicidad en España.

Para juzgar al hombre nos basta fijar los siguientes hechos:

1.º Acabamos de indicar el principal: se halló sin patria y sin bienes, y encontró patria y bienes en España.

2.º Debjó señaladas mercedes á la bondad de la Reina su hermana: por ella fué Capitan general de ejército; por sus buenos oficios le fue aumentada la pension que disfrutaba su esposa; adornó su pecho con el toison; nacieron sus hijos Infantes de España.

3.º Muchas veces fue huésped de la régia Señora, comió su pan, bebió en su copa, durmió bajo su techo.

4.º Por largos años vivió retraido y oscuro y á pesar de que España se encontró frecuentemente en empeños de gloria ó de peligros, ó no quiso ó no pudo desnudar su espada en servicio ó por la honra de su patria adoptiva.

5.º Hasta hace dos ó tres años; si hemos de juzgar por su conducta pública; no pudo decirse del Duque, ni siquiera que fuese liberal: era un Infante—que tambien le hizo Infante su hermana—muy adicto á la Reina, y un opulento particular que cuidaba de su mujer y de su hacienda. Las personas de su mayor confianza, dignísimas; pero no liberales: su apoderado general y esclarecido consultor, Don Santiago Tejada: ilustre nombre que recuerda el grande de Balmes.

6.º Como de dos años á esta parte comenzó el Duque á entenderse con los enemigos de Isabel II y es válida y general opinion, que hospedado en palacio con motivo de las bodas del Conde de Girgenti, en la misma casa en que era huésped recibia á los conspiradores.

7.º Dió dinero para llevar adelante la conspiracion que al fin estalló en Cádiz.

8.º No se presentó espada en mano en el Puente de Alcolea; pero figuró dando dinero á la revolucion, y echada Isabel miserablemente de España, el Duque con la Infanta se prosternó ante el Gobierno provisional protestando: «que se hallaban dispuestos á acatar» cuantas resoluciones emanasen del voto de la nacion, fuente legítima de los derechos políticos, en paises libres.»

9.º Cuando llegó á noticias del Duque el alzamiento último de Cádiz, dejó su casa y familia en Lisboa, dirigiéndose precipitadamente á Córdoba con propósito de ofrecer su espada al Gobierno

provisional pensando que los alzados en Cádiz, eran reaccionarios, es decir, partidarios de su hermana Isabel: cuando supo que eran republicanos, esto es, enemigos de todos los Reyes, comprendió que no debía mezclarse en las querellas liberales, ni exponerse á verter su sangre para derramar la de los Españoles.

10. El Duque de Montpensier pretende hoy la corona de España.

Tales hechos sin duda son ciertos: si hubiese inexactitud ó error en alguno, se ruega á los amigos del Duque que lo demuestren; que los autores de este escrito no tardarán en rectificarlo por amor á la verdad y por obligación de conciencia, y porque quieren dejar el mundo sin deber nada á los hombres.

Teniendo, pues, por certísimos estos hechos, decimos hoy por la honra de nuestros padres, lo que diríamos en el último instante de nuestra vida, por el santo nombre de Dios que nos iba á juzgar: *Ese hombre, el Duque de Montpensier, á quien compadecemos, no puede ser Rey de España: vergüenza para él si pide la corona; vergüenza para España, si la pone en su frente.*

Y tenemos en cuenta razones y circunstancias que puedan sus amigos alegar en su abono, y admitimos como atenuantes las ceguedades y los febriles ensueños de una ambición desapoderada y hasta el mal entendido amor de la familia;... y sin embargo, y con todo eso, la conciencia incorruptible dá testimonio de que el último de los hombres que puede subir las gradas de ese Trono, es el Duque de Montpensier.

El no lo conoce y eso quizá es su disculpa.

IV.

Es tan singular ó infeliz candidato Montpensier, que por ciertas razones, no podrian admitirle como Rey los liberales; y por otras, los reaccionarios; y por algunas, ningun Español.

¿Qué títulos tiene para Rey de los liberales? Ser nieto de un hombre á quien los liberales guillotinaron, é hijo de un hombre que los liberales echaron á escobazos. Frase dura que ya estampamos, pero que se entraña al menos en aquella tan dura que inventaron los Franceses cuando llamaron á la revolucion de Febrero, *la revolucion del desprecio ó del asco*.

No tiene mas títulos en verdad, porque hasta ayer apenas se sabia si era liberal.

Suponemos que no sonará como recomendacion para los revolucionarios el nombre ilustre de don Santiago de Tejada su apoderado y consultor..

Tampoco el de Fernan Caballero..... Dicese que á la sombra de su palacio escribió este castizo Español novelas inmortales..... pero novelas reaccionarias. Si esto es verdad y los Infantes favorecieron la publicacion de obras que vivirán, merecen nuestra alabanza..... lo que la reaccion alaba, el liberalismo lo condena.

Luis Felipe, al fin, comenzó siendo jacobino y hasta que subió al trono de Francia; si bien amó á Luis XVIII y á Carlos X tanto como haya amado Montpensier á Isabel II; fue al menos perpétuo y constante conspirador: su hijo casi puede llamarse un conspirador del dia siguiente.

El Palacio Real se levantaba en frente al de las Tullerías, era el

club de los liberales franceses que formaban el cortejo del discípulo de Madama Genlis.

Antonio de Orleans vino á España, se retiró modestamente á Sevilla, y no sabemos que San Telmo estuviese á disposicion de los liberales; lo que sí sabemos es que el Duque vió impasible el año 52 y la reforma que amenazaba, y vió sin decir palabra el año 56 y las Constituyentes disueltas á cañonazos.

Ignoramos que los varones eminentes del liberalismo español hayan formado el cortejo del Príncipe; nunca le hemos visto entre Guizot y Thiers: verdad es que no ha mucho, apoyado en el brazo de Santana, subió á la tribuna para ostentar ante el pueblo español su liberalismo trasnochado; pero Santana, salvo error, no es tan orador como Thiers, ni tan filósofo como Guizot.

Su *Correspondencia* vale mucho; pero no tanto como el *Nacional*.

Tambien es verdad que de dos años á esta parte el cuñado de Isabel ha sido todo un Orleans, no indigno del abuelo, y digno del padre, y es posible, que si le favoreciese la fortuna, llegase á ser lo que presentia Luis Felipe, gran conoedor, el cual, con ocasion de los regios enlaces y del regalo que hacia á España dándonos á Montpensier, decia estas palabras; si no mienten personas que se suponen bien informadas: «mi hijo Nemours puede ser gran Rey, Joinville, gran marino, en cuanto Montpensier, *es otro yo.*»

Ahora si os conviene, ¡oh liberales! otro Luis Felipe, elegid á Montpensier, bajo la honrada palabra de su padre.

Su liberalismo es póstumo; pero ya lo veis, el hijo, es capaz, como su padre, de ir pidiendo sombrero en mano la limosna de la realeza, despues de haber amado á la hermana, y acatádola y adorádola. Es capaz, como su padre, de sufrir que las alfombras de su palacio sean pisadas por plantas democráticas y rústicas; es capaz hasta de dar dinero para persuadir á las gentes, y podeis agradecer sobre esto que, como su padre, se incline ante la revolucion triunfante, y como él, reconozca el voto de la nacion, «fuente legítima de los derechos políticos en los paises libres.»

A tiro de ballesta se conoce que el Duque pertenece á la escuela, discípulo aprovechado: sabed cómo hablaba y obraba su padre, reparad cómo habla y cómo obra Montpensier.

Ha hablado Montpensier por sí dos veces y bastante bien; pero el discurso principal lo echa por boca de Santana, su Lafitte.

El discurso programa del Duque es, al parecer, aquel famosísimo artículo que firmó el creador de *La Correspondencia*, artículo apoyado en veinte y seis *porques*.

Santana quiere al Duque por Rey «porque instantáneamente después de concluida la revolución, reconoció la soberanía de la Nación.»

Convengamos en que si la hubiera reconocido antes, no valdria menos el reconocimiento.

«Porque hemos oido mil veces en sus labios la defensa y el encomio de todos los grandes principios que ha proclamado la revolución..... (lo mismo, lo mismo decia su padre) y especialmente los consignados en la célebre declaracion de derechos de la Junta superior revolucionaria de Madrid.» (Su padre en persona.)

«Porque partidario de la monarquía, sostiene el derecho omnimodo de los republicanos para propagar y defender y procurar el triunfo de sus ideas dentro de las leyes.» (Si Armando Carrel viviese, podria decirnos si oyó las mismas, mismísimas palabras de boca de Luis Felipe.)

«Porque ligada á la revolución por tantos y tan grandes vínculos su dinastía, si la revolución la levanta, con la revolución tiene que caer.» (Es lo que aseguraba Lafayette, fiador de Luis Felipe á los liberalísimos Franceses.)

«Porque...» vamos, en cada porque del artículo memorable, hay una excelencia del Duque. El recordó muchas veces á doña Isabel el deber en que estaba de no ser ingrata al partido liberal, á cuyos sacrificios, *más que á su derecho* debia el Trono: siempre que se adoptó una medida abusiva contra los liberales, interpuso sus súplicas: participó de la suerte de Serrano, Dulce y demás compañeros y expulsado de España fué á ocupar unos tristes salones, (húmedos por más señas), de una vieja casa en Lisboa: él, atento al grito de la patria, más que al de la sangre, sacrificó su felicidad doméstica y unió su suerte á la de los libertadores de España: él está tan resuelto á combatir á los sectarios de la reaccion, como á permanecer neutral ante la lucha de las opiniones liberales. ¿Sabeis en qué se ocupa en estos mo-

mentos el Duque? pues se ocupa en hallar los medios de suprimir las quintas; sin menoscabo se entiende de la noble clase militar; se ocupa en buscar los medios de abolir la esclavitud de Cuba; sin perjuicio por supuesto, de los derechos legítimos de los propietarios... ¡Ah Santana, Santana, Santana!

El Duque es sabio, amante de las libertades públicas, enérgico, activo, económico... Santana lo dice, y *La Correspondencia* lo publica: no cabe en *La Correspondencia* error ni mentira y habremos de creer á *La Correspondencia* y á Santana.

Pero nos duele que este apreciable señor haya mentado lo de económico, porque precisamente tal economía dió margen á que algun periódico llamase al Duque *vendedor de naranjas*, gracia que, seriamente hablando, no la tiene á nuestros ojos; y á que un primo de Su Alteza, tambien con desagrado nuestro, dijese de él: *que ajustaba las cuentas al cocinero*.

Otro primo suyo, y muy liberal por cierto, habla en términos que merecen especial mencion. Dice del Duque: «que es hombre de bien, »excelente padre de familia, cumplido esposo, y buen amigo de sus »amigos» y puesto que hace justicia al hombre privado, parece que debe merecer crédito cuando habla del Príncipe. Este, segun el señor Güell y Renté ha percibido por pension de su esposa, una cantidad cinco veces mayor hasta el año 53 y cerca de cuatro hasta el 68, de la que nuestras antiguas leyes asignan á los Infantes de España. Cuando las córtes constituyentes le rebajaron la pension, interesó á dos Diputados que le consiguieron al fin un aumento de 500,000 reales. «Su ambicion y deseo de adquirir han sido causa de hechos que »han dejado en Sevilla, donde vivió, recuerdos muy tristes. Sus com- »pras y ventas, sus tratos y contratos de objetos ó animales recibi- »dos en calidad de regalos preciosos, no son para ocuparse de ello... »intriga para que se le declare Infante de España... solicita ser Capi- »tan general; se puso y lució los entorchados sin salir de su jardin de »Sevilla á pesar de las guerras de Marruecos, de Méjico, de Santo »Domingo y del Perú... recibió de Isabel de Borbon espléndidos do- »nativos y la hospitalidad más cariñosa; huésped en palacio comió el »pan de su hermana y arrulló en sus rodillas al hijo de doña Isabel y »la acompañó á San Pascual para luego conspirar astutamente. En el

»año 54, mientras que todos los Españoles corren á las armas, perma-
»nece tranquilo y satisfecho en su palacio de San Telmo; allí sigue
»tranquilo y satisfecho cuando en el año 56 el pueblo es acribillado
»á balazos, la milicia desarmada, los progresistas y demócratas per-
»seguidos. Cuando ve en verdadero peligro el trono de doña Isabel,
»entonces no le escribe previniéndole los males de la patria, no man-
»da á su esposa sigilosa y prudentemente á darle un consejo, sino
»ostensiblemente como enemigo, haciendo público su desacuerdo,
»conspira, fomenta la mala voluntad de las gentes, busca partida-
»rios y comienza la obra en el ejército, entre los políticos, en el pe-
»riodismo...»

Esto escribe el liberal Güell y Renté de su primo el de Or-leans.

Nosotros sólo decimos que el hijo, en los dos últimos años, se ha mostrado digno del padre. Ahora, lo que hizo el padre despues de subir al trono en brazos del progreso y de la democracia, la historia lo atestigua, y en breves palabras queda resumido en el estudio anterior.

Sin gran temor de equivocarnos, leyendo ¡oh liberales! la historia del padre, sabeis de antemano la del hijo.

El padre decia: *mi hijo Montpensier es otro yo.*

V.

No es temerario creer que nuestro Duque que escondió por tan largos años su liberalismo en el último rincón de su palacio, lo siguiera guardando y muy escondido, si no hubiera alcanzado á ver que el edificio estaba ya cuarteado y muy en breve debía venir á tierra con estrépito y ruina. Tiempo llegó en que bien se puede decir que en España eran sólo dinásticos los Ministros, los vencedores, los reyezuelos del país, y aun éstos, si caían del poder, comenzaban por murmurar y acababan por conspirar: así los unionistas, así los moderados, salvo honrosas escepciones.

Cuando llegó ese tiempo, hubo de creer el Duque que comenzaba á alborear su día, y él, á quien atormenta el mal espíritu que atormentaba á Machbet, vió no lejos la corona y á ella estendió la mano y en ella puso el ojo codicioso. Suponemos buenamente, salvo error, que con igual gusto la hubiera recibido de manos moderadas, que de manos unionistas.

Ha corrido y corre muy válida la voz de que antes que con los unionistas procuró concertarse con los moderados y tanteó la fidelidad entonces sospechosa, sin fundamento que sepamos, de don Luis Gonzalez Brabo. Despues ó por desden de éste, ó imaginando en otros prendas mas seguras de triunfo, movió conciertos primero y á la postre formó alianzas con la union liberal.

Quizá le merezca por Rey esa union que, aparte de las prendas de muchas personas estimables que en ella militan, es verdaderamente un batallon informe de tráfugas políticos, que sabe adorar á la

Reina y derribar á la Reina; llevar el cirio místico en la procesion de San Pascual y reconocer el reino de Italia; conservar por años la ley de Nosedal y proclamar todo linaje de libertades; autorizar á los Jesuitas para fundar colegios y expulsarlos apoderándose de sus bienes; demoler templos y cantar *Tedeums*.

La Union podria tener ese Rey, España no.

Sinó presenta Montpensier títulos para ser Rey de los liberales, se convendrá tambien en que carece de ellos para ser Rey de los reaccionarios. Ni él quiere serlo por varias razones, figurando quizá entre ellos la muy capital, la de que son vencidos, y algunos, amigos de doña Isabel, y muchos, de don Carlos.

Los reaccionarios tienen ya su Rey, no tienen por tanto corona para el hijo de Luis Felipe.

Los reaccionarios ante todo y sobre todo defienden la unidad católica; Montpensier declara que está por la libertad de cultos.

Dice él, que es católico y le creemos por su palabra, bien que recordamos que su padre se llamaba el Rey Cristianísimo, lo cual no era parte para que dejaran de sospechar algunos que no era cristiano siquiera.

Por caridad sin embargo y por temor de incurrir en temerario pensamiento creemos que es católico Montpensier; pero no es católico al gusto de los reaccionarios.

No sabemos que extraños pactos habrá hecho con su católica conciencia; porque mal se comprende amar á la Iglesia y amar á la revolucion; estos amores se excluyen.

¿Cómo es hijo fiel de la Iglesia, el amigo de los enemigos de la Iglesia? Hay que cerrar los ojos á la luz para no ver que el espíritu de los tres partidos, tristes padres de una revolucion ingloriosa, es á la Iglesia de Dios paladina y manifiestamente contrario.

El que ama á los que aborrecen á nuestra madre, no puede ser nuestro amigo.

En España la fuerza de las cosas echa á un lado á los revolucionarios, á otro lado á los reaccionarios. Aquellos han levantado bandera en que se lee *libertad de cultos*; y á la sombra de esa bandera se ha escarnecido á los Sacerdotes y al gran Sacerdote; proclamado la cruzada anticatólica, y hasta ha habido insensatos que han renegado

públicamente de Jesucristo, y monstruos... que han fusilado á la Santísima Virgen. Y el Gobierno de los revolucionarios ha visto los escándalos de Sevilla y los delirios de Reus, y ha callado. Ese Gobierno que rasga el Concordato y niega al Seminario conciliar deudas sagradas y echa de sus casas á las Monjas y expulsa á los Jesuitas, y disuelve las Conferencias de San Vicente Paul.

Pues de ese Gobierno y del gran conjunto de hombres que forman el partido revolucionario se ha declarado amigo el católico Duque de Montpensier y se ha inclinado humildemente delante de él y ha estendido la mano pidiendo la limosna de la corona... y no se ha atrevido á balbucear siquiera una palabra para condenar ó censurar ó extrañar al menos los hechos anticatólicos que deben sin duda haber herido su conciencia...

¡Oh conciencia!... ¡oh ambicion!... ¡oh locura!...

Si es católico llorará su corazon y se indignará... ¿por qué no habla pues, en testimonio de su fe y por amor á Jesucristo? ¿Calla, por qué espera un cetro? Pues con ese silencio *prudente y político*, vende á su Dios por treinta dineros.

Digámoslo todo para acreditararnos de imparciales: la *Gaceta del Clero* defiende la candidatura de Montpensier; pero entienda España, que le defiende la *Gaceta del Clero* á pesar del Clero.

La *Gaceta* es... un hombre, es un Santana reaccionario, que se ha unido á otro Santana liberal. Apoyado en los dos Santanas no subirá Montpensier al trono de Fernando el Católico.

Del amor de Montpensier á los reaccionarios dá muestra bastante su célebre carta fechada en Lisboa en 19 de Diciembre: se hallaba, segun nos dice, detenido en la desembocadura del Tajo, cuando llegó á su noticia el movimiento de Cádiz... pero, callemos nosotros y que hable el mismo Montpensier:

«Comprendiendo, dice, su gravedad por las narraciones y telegramas que publicaba la prensa, deduje por los datos que tenía á mi alcance, que tal vez eran resultado de una combinacion en que hubieran tomado parte los diversos elementos enemigos de la revolucion y creí de mi deber dirigirme al punto de reunion de las fuerzas del ejército para recibir allí las ordenes del Gobierno.»

Recordarán nuestros lectores que el Duque era Capitan general por gracia de doña Isabel II.

Este pundonoroso militar sigue contándonos, que por considerar mas decoroso esperar las órdenes en sitio inmediato al peligro, que á grande distancia de él, se dirigió á Córdoba.

«Mi prevision, continúa, no fue infundada; pues al llegar á Córdoba tuve noticia de que los sucesos de Cádiz estaban á punto de resolverse de una manera satisfactoria: supe tambien que allí no habia elementos reaccionarios que combatir; y no debiendo yo mezclarme en las luchas que deploro de los partidos liberales, retrocedí inmediatamente y me volví á Lisboa.»

Asi habla el Duque, y como tenia la pluma en la mano, la dejó correr sobre el papel para alegar sin duda sus méritos, no tantos como refiere Santana, que sino fue abogado hábil, fue abogado hiperbólico, y nos reveló: «que en 1866, cuando muchos agitadores de hoy no daban señales de vida, la Infanta, con peligro de la suya, por el estado de su salud, despues de haber pedido infructuosamente un indulto, hizo un viaje á la córte para dar consejos liberales, y sólo obtuvo la orden de no volver á hablar de política.»

Alegacion de merecimientos para con los liberales: Montpensier se estuvo reposando en San Telmo y la Infanta mareándose en la via férrea de Sevilla á Madrid.

La libertad será ingrata, sino hace Rey á ese hombre.

Ahora otra alegacion quizá para grangear el amor de los católicos; el Duque dice: que la Infanta y él, no sólo son católicos, sinó católicos *fervientes*: nada menos que fervientes.

«Nosotros, dice, *católicos fervientes*, que hemos podido cumplir públicamente nuestros deberes religiosos en la anglicana Lóndres, en la evangélica Edimburgo y en la calvinista Ginebra, no queremos que los que no profesen la religion que creemos verdadera, tengan en nuestra querida España menos libertad, que nosotros en las demás naciones.»

Ahí teneis á un católico ferviente y libre cultista: él ha visto derribar en Sevilla, cuarenta templos, en Sevilla su ciudad predilecta, y ha callado; pero él habla para decir que verá con gusto, ó sin dis-

gusto, que se levanten frente á frente de las Iglesias que queden en pie, la pagoda india ó el templo luterano.

Esa famosa y tristísima carta del 19 de Diciembre... mata al Duque de Montpensier: no estaba en Lisboa Guizot para aconsejarle y dudamos que estuviese Santana.

¿Por qué el que brilló por su ausencia en Alcolea donde tronaba el cañon, se fatigó corriendo precipitadamente á Córdoba? El Gobierno provisional lo despidió, como se despide á un servidor impertinente; y con razon bastante ó sin ella, España se echó á reir de aquellas tardías y pueriles muestras de valor intempestivo.

No será Rey de España, aquel de quien España se ha reido.

Nosotros no reimos; tuvimos lástima.

Juzgó el Duque que el movimiento de Cádiz era reaccionario: su padre Luis Felipe hubiera dado muestra de mas seguro y atinado juicio; todo el mundo excepto Montpensier sabia ó presentía que era revolucionario el movimiento... ¿y qué?... ¿por qué tiene la debilidad de creer que la reaccion levanta la cabeza, echa á correr, Quijote liberal, espada en vaina para desfacer el entuerto y escarmentar á los malandrines? Venid acá, Duque infeliz, ¿desde 1858 no ha habido reacciones ó amenaza de reaccion en España y no ha habido fuera de España, grandes ocasiones en que su gloria empeñada reclamaba el auxilio de sus hijos ilustres?—Es que el Duque corrió hasta Córdoba, porque se dudaba de su valor...—¡Oh! si hubiera como por encanto aparecido sobre las humeantes ruinas de Cádiz, fuera mas feliz, y no sospechara la malicia española que el héroe francés podia semejar al fanfarron de Cervantes.—Un héroe, no obra así... Burlado un niño por sus hermanos mayores, en un arranque temerario entra en un cuarto oscuro; la familia aplaude y rie... España no aplaudió, pero ya hemos dicho que riyó al contemplar el fracaso del andante caballero. De lo sublime á lo ridículo no hay mas que un paso; y aseguramos que el Duque no estuvo sublime.

Ni podia estarlo, ni podia la Providencia de Dios consentir que Montpensier ganase gloria á los ojos de España.

Dice el Duque que lo hizo, porque lo estimó un deber. ¿Un deber ha escrito? ¡Un deber ha dicho! ¿Por qué no rompió la pluma antes de estampar esa palabra?...

¡Un deber!!!... Ya sabemos que era Infante de España y Capitan general del ejército...

El Infante de España y Capitan general del ejército no se presentó en Alcolea al lado del Conde de Girgenti en defensa de la Señora de quien recibió el Infantazgo que ostenta y los entorchados que luce; si no que con sus entorchados y su Infantazgo, *sin arruncarse aquellos y sin echar este por tierra*, corria á ponerse á las órdenes de los enemigos de su bienhechora para combatir á los amigos de ésta su hermana y Reina desdichada...

Y es capaz de verter su sangre, y es capaz de verter la sangre de los Españoles, si es que son fieles á la familia de Borbon, á su familia.

¡Cuán escondido tenia Montpensier su odio y qué odio tan mortal es el suyo contra esos desdichados reaccionarios!... Está bien, muy bien; pero no estrañe Su Alteza que los reaccionarios no le levanten sobre el pavés, y regalen el presente á los liberales, si es que los liberales lo quieren... ¿Quiéren los liberales por Rey al hombre de quien decia Luis Felipe *¡ese, es otro yo?*

VI.

El duque de Montpensier no puede ser Rey de los Españoles...

Vamos, señor Duque, presentad vuestros títulos: no somos liberales ni reaccionarios; nada entendemos de política, somos simplemente hombres que tienen conciencia y honor.

¿Quién sois? ¿Qué habeis hecho?

¿Sois Enrique el Bearnés, gran Capitan, ó Cristóbal Colon, grande hombre? ¿Habeis ilustrado el nombre de España en el Callao, ó vengado sus injurias en Tetuan?

Supongamos que esta revolucion de Setiembre fuera gloriosa...

¿Aventurásteis vuestra vida en Alcolea?

Dísteis, segun se dice, y no se ha desmentido, algun dinero: que se os devuelva y... gracias: fijad, si bien os parece, el interés; mas con dinero no se compra un trono, y menos el de España, que no tiene precio.

El trono no se puede comprar con dinero, sólo se puede comprar con sangre.

¡Oh! pretendéis el de España... ¡Válganos Dios, y qué ceguedad!

Los reaccionarios no os pueden querer: os escarnecen los demócratas, los progresistas os desdeñan, la Union liberal... no hablemos de la Union liberal... Ya lo hemos dicho: quizá podríais ser Rey de la Union liberal.

España no os ama, señor Duque, y todo está dicho.

Si nosotros tuviéramos en la mano el cetro de un pueblo que no nos amase, lo romperíamos indignados y tiraríamos los pedazos con

desprecio. Los Príncipes de Francia, pueden ser tan altivos como los hijos oscuros del pueblo español.

Y no os alucineis fantaseando por vano consuelo que España si os conociera, os amaría. Debeis estar cierto de lo contrario; porque Sevilla os conoce y no os ama. Y es Sevilla vuestra ciudad querida y tenéis en ella vuestra casa, y habeis por largos años tratado á sus hijos y estrechado tal vez su mano y favorecídoles con sonrisas. Y sin embargo, Sevilla os ve desterrado y sabe que sois pretendiente á Rey y es republicana.

No queremos decir que sois un ingrato, pero ¡qué inmensa desgracia la vuestra! España cree que sois un ingrato.

¡Oh! si por la paciencia de Dios y para nueva humillacion y escarmiento se prepararan maravillosamente las cosas y se allanasen los caminos y os viera el pueblo español al lado de vuestra esposa, entrar al són de la marcha real en el palacio de nuestros Reyes... ¡Oh! de las entrañas de España se escaparia un grito de dolor y casi de horror... creeria España ver á la ingratitud y á la deslealtad y á la traicion sentadas en el trono y coronadas.

De otros ejemplos necesitan nuestro siglo y nuestro pueblo.

Iríais á estender la mano para tomar la corona... no toqueis esa corona, aunque hayáis dado dinero por ella: es la corona que ceñia vuestra hermana cuya mano besásteis y de cuya mano recibísteis dones para vuestros hijos, y para vos grandezas.

No lleveis siquiera á palacio á vuestra esposa ¿cómo ha de atreverse á pisar los salones desiertos en que en tiempo reciente la recibia abrazándola y besándola su hermana?

En uno de aquellos salones estará quizá la cuna en que durmieron las dos niñas: en esa morada creció la Princesa siempre amada de la Reina.

A esa Reina no la ha arrojado del trono el partido liberal, si no que la ha arrastrado por el cieno y la ha dejado manchada y deshonrada.

Esa reina era vuestra sangre y os amaba, y ahora, hija Augusta de Fernando VII, ¡mendigarfais con miradas y sonrisas los *vivas* de los que han deshonrado á vuestra hermana, daríais á besar vuestra mano á hombres cuyas manos han destrozado el corazon y hecho

pedazos la honra de vuestra hermana!... ¡No, eso no puede ser!!!... Y sabed que España no os amaría, y sabed que este Madrid que á la caída de vuestra hermana engalanó sus casas de día y las alumbró de noche, al veros entrar en palacio volvería la cabeza y... comenzaría á pensar y volvería á amar á vuestra hermana.

Y vos penetraríais en los tristes salones de la regia casa donde el injurioso silencio del pueblo entre quien pasásteis os persiguiría: bajo las techumbres doradas, os mataría el tédio, y por la noche velaría junto á vuestro lecho, el remordimiento tenaz é incorruptible...

Os rogamos, señora, por vuestro bien, que no queráis ser Reina de España.

Una palabra, y sea la última, al Duque de Montpensier.

Cuando fue llevado Luis Felipe José Igualdad en una infame carreta á la guillotina... ¿No adivina el Duque de Montpensier lo que dijo su abuelo al Sacerdote?

Cuando Luis Felipe salió convulso y trémulo de las Tullerías huyendo de la furia popular, diciendo: «¡me lo van á quitar todo!» y levantó los ojos al cielo y en él los tuvo fijos algunos instantes; ¿no adivina el Duque de Montpensier lo que entonces pensaba su padre?

Pues su abuelo pronunció con lágrimas el nombre de Luis XVI; su padre el de Carlos X.

Duque de Montpensier, acordaos de vuestro padre: no os olvideis de vuestro abuelo.